Selección de artículos de

LE MONDE
diplomatique

El mundo libertario

# Anarquismo

En el bicentenario de Proudhon



Editorial Aún Creemos En Los Sueños

Selección de artículos de

LE MONDE diplomatique

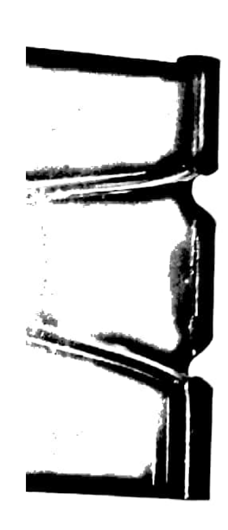


El mundo libertario

# ANARQUISMO

En el bicentenario de Proudhon

EDITORIAL AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS



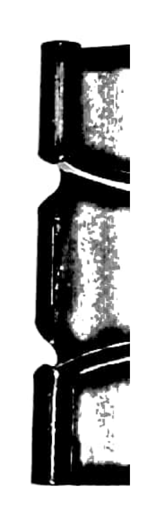


La editorial Aún creemos en los sueños
publica la edición chilena de *Le Monde Diplomatique.*
Director: Víctor Hugo de la Fuente

Suscripciones y venta de ejemplares:
San Antonio 434 Local 14 - Santiago.
Teléfono: (56 2) 664 20 50
Fax: (56 2) 638 17 23
E-mail: edicion.chile@lemondediplomatique.cl
**www.editorialauncreemos.cl**
**www.lemondediplomatique.cl**

Diseño: Carlos Muñoz Baeza

ISBN: 978-956-8134-86-0
Registro Propiedad Intelectual Nº:179.209



# ÍNDICE

# Presentación



¿Estará a la moda el anarquismo? Se podría creer al observar la obsesión con que la policía y los medios de comunicación se refieren a los "anarco-autónomos" y a la importancia que le dan a las banderas negras y rojinegras en las distintas manifestaciones a través del mundo. Pero en el fondo, ¿qué es el anarquismo? ¿Se trata de un cuadro teórico como el elaborado por Pierre-Joseph Proudhon, de quien celebramos este año 2009 el bicentenario de su nacimiento? O más bien, ¿se debe considerar como la ideología de organizaciones tales como la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) española o la Zenjiren japonesa, comprometidas en los combates de su época? ¿O hablamos de una corriente de pensamiento más difusa que riega luchas sociales y culturales, impulsándoles aquí un poco de radicalidad, allá un poco de antiautoritarismo? Al anarquismo tratan incluso de recuperarlo algunos dirigentes políticos que se proclaman, oportunistamente, como "libertarios", al igual que grupos sin ideología que aplican la violencia ciega. En realidad todas estas dimensiones se combinan. Quizás por eso se pudiese explicar el contraste entre el número relativamente reducido de anarquistas en la mayoría de nuestras sociedades y la fuerza persistente de sus ideas.
A esta selección de artículos publicados por *Le Monde Diplomatique* en Francia, hemos agregado un artículo del historiador Sergio Grez sobre la teoría y la práctica de los anarquistas chilenos en las luchas sociales de comienzos del siglo XX.

*Editorial Aún Creemos en los Sueños*

# Anarquismo:
# Una indocilidad contagiosa

**por Claire Auzias***



No es menor, entre las paradojas del anarquismo, el hecho de que éste sea a la vez un modesto movimiento social y un poderoso vector de imaginario. Todos, al menos en Francia, conocen la canción de Léo Ferré que dice de los anarquistas: "No hay ni uno en cien, y sin embargo existen".

En la calle, en principio, es raro que los anarquistas se pierdan una ocasión de lucha. Más indirectamente, en segundo lugar, por aquello que el sociólogo Alain Pessin califica de "potencia imaginaria del anarquismo" (1) y que favorece su pregnancia social.

El anarquismo es un análisis crítico que formuló por primera vez el pensador británico William Godwin en su ensayo sobre la justicia política (2) y que luego enriquecieron constantemente diversos pensadores del siglo XIX, como Charles Fourier, Pierre-Joseph Proudhon o Mijaíl Alexandrovich Bakunin.

El ejemplo de Godwin es muy revelador de la manera en que el pensamiento libertario se extiende en la sociedad de su época. Se casó con la escritora feminista Mary Wollstonecraft, con quien tuvo una hija, Mary Wollstonecraft Godwin, más conocida con el nombre de Mary Shelley; estuvo cerca de Lord Byron y sus amigos, así como del poeta romántico Percy Bysshe Shelley; inventó y compartió con ellos una aventura subversiva, entre cuatro paredes y fuera de ellas, política, social y privada (3). Esta experiencia colectiva marcó considerablemente el pensamiento social inglés de su tiempo y le dio una proyección considerable al pensamiento anarquista.

Pero en tanto movimiento político organizado, la fecha de la creación del anarquismo suele coincidir con el congreso antiautoritario internacional de Saint-Imier, en Suiza, que el 15 y el 16 de septiembre de 1872 reunió a federaciones y secciones italianas, francesas, españolas, estadounidenses y del Cantón del Jura en

*Historiadora, autora de *Les Funambules de l'histoire. Les Tsiganes, entre préhistoire et modernité*, La Digitale, Baye, 2002, y *Mémoires libertaires, Lyon*, 1919-1939, L'Harmattan, París, 2000. Artículo inédito en Chile.
Traducción: Mariana Saúl.

desacuerdo con la orientación del consejo general de Londres de la Asociación Internacional del Trabajo (AIT). Este congreso declara, entre otras cosas: "La destrucción de todo poder político es el primer deber del proletariado".

En Francia, sobre ese terreno se desplegará la influencia de Proudhon, que aparece como uno de los fundadores teóricos y prácticos del mutualismo. Este movimiento llegó a tener dos mil cajas de socorro mutuo en 1848 y gozó de un fervor que no se diluyó hasta su institucionalización con la Seguridad Social o la Mutualidad (4).

Los anarquistas también ocuparon un lugar importante en el sindicalismo, con la creación de las bolsas de trabajo y de la Confederación General del Trabajo (CGT), en 1895. Animadas por Fernand Pelloutier (1867-1901), las primeras ofrecen apoyo a los obreros enfermos o desempleados, así como a los que luchan (en particular mediante la organización de cajas de huelga); además, participan en la educación obrera mediante cursos profesionales y generales y a través del desarrollo de bibliotecas (5). En cuanto al papel de los anarquistas en la CGT, éste se traduce sobre todo en la adopción, en 1906, de la Carta de Amiens, en la que se afirma que el "sindicalismo se basta a sí mismo" y se organizan principios de funcionamiento como la rotación de tareas y el rechazo a los empleados sindicales. Esta cuestión de la independencia respecto de las formaciones políticas representó una de las líneas de fractura importantes entre comunistas y anarquistas, a lo largo de todo el siglo XX.

Pero el movimiento también constituye la base de movilizaciones sociales, como la insurrección de los *canuts* de Lyon en 1831. Durante mucho tiempo se buscó un inspirador de la revuelta, un jefe carismático, antes de comprender que el movimiento, en los hechos, descansó sobre las estructuras mutualistas que habían adquirido los maestros talleristas y sus obreros textiles, que constituían sus dos componentes principales (6). Lo mismo ocurre con la Comuna de París en 1871, en la que participaron muchos proudhonianos, cuyos representantes más conocidos fueron Eugène Varlin, Louis Michel y Elisée Reclus.

En este sentido, los ejemplos abundan: los anarquistas raramente están solos en el origen de un movimiento social; en general, contribuyen a la radicalización de las luchas y las consignas. Es así como suele encontrarse, en las diversas formas de huelgas salvajes y paros incontrolados de sectores obreros, la sombra de un anarquismo que le da prelación al productor, sin intermediarios, incluso en el sentido de su combate y sus direcciones. Desde mediados del siglo XX, y sobre todo a partir de los años '70, ya no se tienen en cuenta esas acciones que escapan a los responsables sindicales, como la huelga de los estibadores de Liverpool que filmó Ken Loach (7). Pero para ser honestos, hay que admitir que numerosos huelguistas ya no quieren saber nada con el anarquismo ni con ninguna otra ideología constituida que les recuerde, de cerca o de lejos, una tensión fuera de su alcance.

"¡Exigir obedeciendo!" La consigna del subcomandante Marcos, rebelde en Chiapas desde 1994 con los indios zapatistas, resuena en el corazón de los movimientos de solidaridad, con los cuales los libertarios se comprometen ampliamente. En el propio

México, aunque tomaron cierta distancia del subcomandante, a quien consideran todavía demasiado inmerso en una perspectiva guevarista y leninista, los anarquistas mexicanos contribuyen silenciosamente, desde hace décadas, a la rebelión mexicana, en los frentes de Guerrero y Oaxaca. Hasta que un día, durante la comuna de Oaxaca, en octubre y noviembre de 2007, florecieron las barricadas en una ciudad alborotada... Habiendo reunido entre 300 y 400 grupos, reinventando todos los días la democracia radical, la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO) se levantó contra el gobernador Ulises Ruiz, construyó barricadas, se proclamó único poder legítimo y cubrió las paredes con un magnífico eslogan: "Quieren obligarnos a gobernar, no cedamos a la provocación".

Sin embargo, es en el ámbito de las costumbres, en el que fueron precursores, donde mejor se percibe la influencia de los anarquistas. Su forma de individualismo (8), más aún que el comunismo libertario, pone en primer plano la integridad del individuo en sus relaciones sociales, sus elecciones personales y sus decisiones políticas. El individuo, para él, es inalienable.



En ese alambique de elaboración intelectual van a nacer las principales acciones civiles para cambiar el mundo: la educación en las escuelas libertarias, la anticoncepción femenina, la vasectomía, el aborto, el amor libre y la camaradería amorosa, la crítica de la pareja, la familia y los espacios privativos, el vegetarianismo, el naturismo, las comunidades, la no violencia, la ecología con Henry David Thoreau y su *Walden, la vida en los bosques*: todas cosas que están destinadas a cambiar la vida inmediatamente, sin esperar la "gran noche", y que tuvieron un éxito importante en las sociedades occidentales del siglo XX.

Así, el individualismo anarquista resistió mejor que otros al desgaste del tiempo y a los fracasos de la historia. Al no poner el economismo en el centro de cualquier análisis, al preocuparse por otras prioridades de lucha –como la vida cotidiana–, no vio tan cuestionados sus principios como las corrientes comunistas.

El anarquista no es un funcionario del espíritu, dicen, y Albert Camus, burlándose de los "compañeros de ruta" de un Partido Comunista francés que "siempre tenía razón", se veía más como un "*compañero de duda*" (9) de los anarquistas. Su respeto por el individuo y la libertad aparece así difícilmente compatible con la obediencia, sobre todo cuando el orden impuesto es inaceptable. En este registro, debe evocarse el estatus de objetor de conciencia. La posibilidad de negarse a hacer la conscripción (obligatoria hasta 2001) fue arrancada en diciembre de 1963 por Louis Lecoin a Charles de Gaulle, por entonces presidente de Francia, al término de una lucha empezada en 1958 y de una huelga de hambre llevada a cabo a la edad de 74 años. De paso, Lecoin señaló que la mayoría de los objetores que él defendía en aquella época no eran libertarios sino Testigos de Jehová.

En tanto movimiento de lucha, el anarquismo sigue estando presente, hoy como ayer, en numerosos frentes, desde la antiglobalización hasta la lucha de los sin papeles; desde las anticumbres, durante las reuniones de los representantes de los países más ricos del planeta, hasta la ecología y el movimiento antinuclear, sin olvidar las luchas sindi-

cales, tanto en los sindicatos tradicionales –CGT, Fuerza Obrera (FO), SUD– como en la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). ◆

1 Alain Pessin, *L'Imaginaire utopique aujourd'hui*, Presses universitaires de France, París, 2001.
2 William Godwin, *Investigación acerca de la justicia política*, trad. de J. Prince, Ediciones Júcar, Gijón, 1985.
3 Percy Bysshe Shelley, *Adonais y otros poemas breves*, Espasa Calpe, Madrid, 2000.
4 Esa amnesia de los orígenes debe mucho al hecho de que el sistema de análisis económico de Proudhon se viera eclipsado por el marxismo tras la Segunda Guerra Mundial.
5 Fernand Pelloutier, *Historia de las bolsas del trabajo: orígenes del sindicalismo revolucionario*, Madrid, Zero, 1978.
6 Fernand Rude, *Les Révoltes des canuts* (1831-1834), La Découverte, París, 2007.
7 Ken Loach, *The Flickering Flame*, 1997.
8 Que no hay que confundir con el anticoformismo, tanto de derecha como de izquierda, o con el movimiento libertario, cercano a la extrema derecha y que promueve en Estados Unidos la abolición del Estado. Como decía Errico Malatesta: "Todos los anarquistas, cualquiera sea la tendencia a la que pertenecen, son de alguna manera individualistas. Pero la recíproca está lejos de ser cierta: todos los individualistas no son, ni mucho menos, anarquistas (declaración en el congreso anarquista de Ámsterdam, agosto de 1907).
9 *Albert Camus et les libertaires (1948-1960)*, escritos reunidos y presentados por Lou Marin, Egrégores, Marsella, 2008.



C.A.

# "Anarquista", "libertario": apelaciones poco controladas

**por Jean-Pierre Garnier***



Durante mucho tiempo, los términos "anarquista" y "libertario" fueron indisociables para los militantes, encuadrados o no en las organizaciones epónimas, quienes los reivindicaban para definir su posicionamiento en el terreno político, o más precisamente, externo y en oposición a éste desde el momento que era confundido con el escenario politiquero. Lo mismo sucedía con aquellos que los combatían o reprobaban: no sólo los guardianes oficiales del orden burgués, sino también los miembros de los demás partidos, de izquierda o de derecha, los periodistas de todos los credos y la "opinión pública", formateada por los unos y los otros, coincidían en poner a anarquistas y libertarios en una misma bolsa.

Actualmente, esta asociación de palabras no ha perdido en absoluto pertinencia para los involucrados, aun cuando estos insisten en puntualizar, como siempre lo han hecho, en qué y por qué esto no significa que ambas denominaciones sean sinónimos. Y nos recuerdan que el anarquismo tiene como dinámica y horizonte la autoemancipación colectiva de los trabajadores respecto a unos poderes que los oprimen y explotan, la cual implica la autoliberación de los individuos –he aquí el costado libertario– respecto a las instituciones, normas y creencias que los alienan. Pero la distinción así operada entre ambas nociones no hace sino resaltar mejor su complementariedad semántica y política. Razón por la cual el semanario francés de la federación anarquista ha conservado hasta el día de hoy su nombre: *Le Monde libertaire (El mundo libertario).*

Como contrapartida, por fuera de los restringidos círculos para los cuales la existencia del Estado sigue atentando más que nunca contra las libertades que se supone debe garantizar, parecería que hace tiempo ya que el acoplamiento anarquista-libertario no es evidente. Más aún, si leemos o escuchamos lo que se dice y escribe

*Sociólogo. Artículo inédito en Chile.
Traducción: Patricia Minarrieta.

comúnmente sobre el tema, estaríamos ocupándonos de una alianza incongruente de palabras. En efecto, se ha tornado habitual entre los políticos, los intelectuales a sueldo o la prensa de mercado, oponer dicotómicamente "anarquista" y "libertario". Por un lado, "lucha contra el terrorismo" mediante, el anarquismo tiende actualmente a reemplazar al difunto comunismo –o más bien a eso que tomábamos como tal– como figura del Mal, junto al integrismo islamista; por el otro, en sentido inverso, el epíteto "libertario" ha llegado a constituir un distintivo cultural y mediático muy apreciado por todo tipo de falsos rebeldes, que buscan recubrir con un barniz anticonformista su adhesión al orden restablecido (1).

Es cierto que este doble proceso de demonización y neutralización no es del todo nuevo. Durante el viraje del siglo XIX, el anarquismo había podido identificarse más fácilmente con el terrorismo porque la "propaganda por la vía de los hechos" realizada en su nombre había dado lugar en Rusia, Francia y otros lugares, a atentados tan impactantes como mortíferos. En términos más generales, el anarquismo evocará por mucho tiempo, incluso dentro del movimiento obrero del cual surgió, un caos social nihilista muy alejado de aquella concepción de la vida en sociedad que el geógrafo Elysée Reclus resumió en una fórmula: "el orden sin el poder (2)".



Paradójicamente, el anarquismo no tardará en ser sometido por la crítica mundana a otra desnaturalización idiomática, pero en sentido inverso, para jerarquizar a ciertos artistas y escritores que se jactaban de "trastornar los códigos estéticos burgueses". Esto ocurrió con los protagonistas del movimiento Dadá, luego de la "revolución surrealista", hasta los "turbulentos" cineastas de la "nouvelle vague", pasando por algunos novelistas o ensayistas reaccionarios de la posguerra que se hacían pasar por "anarquistas de derecha". A continuación, tomará la posta el calificativo "libertario", especialmente en el mundo de la canción (Georges Brassens, Jacques Higelin, Renaud...) o con la llegada de los "sulfurosos" del neo-policial francés (Jean-Pierre Manchette, Frédéric Fajardie, Jean-Bernard Pouy...). Disociado de un anarquismo relegado junto con las doctrinas perimidas de transformación social (3), este término acompañará una liberación de las costumbres y las mentalidades que hará buena pareja con la liberalización de la economía, al punto de dar luz a esta mutación oximórica: el "liberal-libertario".

Antes de ser erigida en concepto, en el sentido publicitario del término, esta fórmula fue una acusación a través de la cual un sociólogo del Partido Comunista Francés (PCF) condenó el advenimiento de un "capitalismo de la seducción" represivo en el plano "social" al tiempo que permisivo en el plano "societal" –neologismo que poco después será puesto en la órbita ideológica–, así como el desvío derechista de algunos líderes de mayo del '68, que de la revolución sólo conservaban la de las subjetividades (4). El de mayor visibilidad no era otro que Daniel Cohn-Bendit, que pasó, como tantos otros, "del odio de los poderosos a la pasión por el poder, del 'no' sistemático de la resistencia al 'sí' extático del asentimiento, del candor y de la intransigencia de un sublevamiento inminente a las posturas e imposturas de un achatamiento servil (5). Dany le Rouge (Dany el Rojo), devenido "Verde" eludió rápidamente la acusación de ser un

"liberal-libertario", transmutándola en lema valorizador de un "reformismo ecológico-social" que le permite desempeñarse desde entonces a tiempo completo en el seno del *establishment* político-mediático, en calidad de profesional "atípico" del cuerpo representativo.

Estará en buena compañía. Porque precisamente otro sobreviviente de la "guerra de clases", Serge July, lanzó en mayo de 1981, bajo la enseña "liberal-libertaria", la nueva fórmula de *Libération*. Remozado para ser "decididamente moderno", el diario siguió una línea inspirada, según su director, en una herencia doble: la "liberal" de los filósofos del siglo de las Luces, y la "libertaria" de los estudiantes anti-autoritarios de Mayo del '68. Entre esos dos períodos de efervescencia intelectual, un vacío oscuro, por no decir un agujero negro, a semejanza de los "agujeros de memoria" del *1984* orwelliano: un siglo y medio durante el cual el movimiento obrero había tomado impulso, y junto a él, las ideas y los ideales que lo habían colaborado con su desarrollo. En otras palabras, el anticapitalismo, efectivamente inoportuno en el momento en que la izquierda gobernante se disponía a rehabilitar el mercado, la empresa y la plusvalía.



En realidad, el asunto es ver quién de la "extrema izquierda" izará más alto la bandera "liberal-libertaria", que ha logrado finalmente imponer sus visiones en el seno del Partido Socialista francés. En los años '80, los seguidores de Laurent Fabius y de Michel Rocard, reunidos en la agrupación *"Rouleau de printemps"*, acordarán pese a sus disensos hacer "tabla rasa" de un pasado socialista incómodo, en beneficio de la "modernización" de la economía, con el "rigor" que ésta imponía, compensado por la "eclosión libertaria de unos modos de vida creativos e innovadores", liberados también "de los arcaísmos y agobios de una época pasada".

Lo mismo opinaba Alain Minc, quien entre una sesión del consejo administrativo de Saint-Gobain y otra de la fundación Saint-Simon, usará y abusará en sus prestaciones mediáticas de la apelación antinómica "liberal-libertario" para pintar las delicias de un "capitalismo con el espíritu del '68".

Con el paso de los años, precisamente marcados por la profundización de las desigualdades, la precariedad y la pobreza, el apareamiento "liberal-libertario" perderá poco a poco su credibilidad, pero así y todo no acarreará un nuevo acoplamiento del espíritu libertario con el anarquismo. Al contrario, la disociación entre ambos no hará más que acentuarse. En tanto la criminalización de este último aumentaba, con la reanudación de las luchas basadas en la acción directa, como reacción al agravamiento de la marginalización masiva y el endurecimiento de la represión, la posición –por no decir la pose– libertaria gozaba de una popularidad creciente en el seno del complejo político-mediático. Testimonio de ello es el aura cada vez mayor del filósofo Michel Onfray, quien con su "individualismo hedonista y ateo" logró embaucar a los círculos anarquistas, pese a su apetencia públicamente asumida de una "gestión libertaria del capitalismo".

El "laisser-faire" de los "anarcos" respecto a las apropiaciones más o menos indebidas de que es objeto el distintivo de "libertario" podría causar asombro. Es cierto

que ellos no son los últimos que lo aplican a algunos artistas u obras que no "incomodan" más que a los reaccionarios reconocidos. Pero responderán que pretender convertirlo en marca registrada sería contravenir los principios a los que este distintivo remite. Y añadirán si acaso las apropiaciones y desviaciones a las que éste da lugar ¿no demuestran que la causa libertaria gana popularidad? Sin ver que éste pierde buena parte de su radicalidad crítica una vez acaparado y absorbido por un culturalismo individualista y despolitizado.

En ese mismo tono, por intermedio del sociólogo camaleónico, Philippe Corcuff, quien pasó del Partido Socialista (PS) a la Liga Comunista Revolucionaria (LCR), después de un desvío junto a los Verdes, el referente "libertario" se encontrará obscenamente acoplado a su contrario, el de la social-democracia, uno de los pilares más sólidos del Estado capitalista (6). El portavoz del futuro Partido anticapitalista, por su parte, se declara seguidor de Rosa Luxemburgo, pero también de Louis Michel y del "anarquista revolucionario" Elysée Reclus, de quien acaba de prologar la reedición de una conferencia. Por otra parte, Corcuff no ha dudado en adjuntar el calificativo "libertario" a otro, menos comprometido que "socialdemócrata" pero igualmente antinómico, proclamándose a un tiempo "guevarista y libertario". Pero si bien podemos reconocer al Che el haber arriesgado su vida para conducir la lucha antiimperialista, en vano buscaríamos en su personalidad y acciones algún rastro de anti-autoritarismo.

Esta popularidad reciente de la postura "libertaria" en Francia, incluso en ciertos medios poco receptivos a las formas de rechazo y resistencia que por lo común designa esta palabra, contrasta singularmente con la punición multiplicada de que es objeto el anarquismo, amalgamado desde hace poco con un vocablo que supuestamente subraya la peligrosidad bajo la forma de una inquietante "esfera de influencia anarco-autónoma" aparecida en la prosa policial, e incluso en la vida real. Por un lado, culturalización a todos los niveles. Por el otro, criminalización sistemática. Sin embargo, al observar bien esto no debería asombrar ya que ambos procesos van juntos.

En un contexto de restauración política e ideológica, la cuestión es quién opondrá lo "social", asimilado al enrolamiento y la uniformización, a lo "societal", lugar de todas las "liberaciones", para mostrar claramente que la sumisión a los "condicionamientos de la economía" no implica renuncia alguna a los valores contestatarios de antaño. El pequeño burgués "libertario", hoy preocupado ante todo por su florecimiento personal inmediato, rechazará toda perspectiva de autoemancipación colectiva, que percibe como una amenaza contra la democracia y el estado de derecho.

Es decir que la "no conformidad", confinada en un modo de vida concebido como "estilo de vida", ya no tiene motivos para luchar contra los códigos y normas oficiales, puesto que su "transgresión" individual, institucionalizada, subvencionada y mercantilizada, participa ahora del renacimiento de la hegemonía capitalista. Como contrapartida, con la aprobación tácita o declarada, o cuando menos el silencio de los beneficiarios de estas liberalidades, los gobernantes podrán permitirse prohibir y reprimir toda forma de lucha, todo comportamiento e incluso toda palabra capaz de poner trabas

a esta hegemonía. Lo que equivale a decir que los "neo-libertarios" no hacen más que añadir la indispensable nota "neo" a un conservadurismo reforzado. ◆

**1** **Vale recordar que el neologismo "libertario" nació a fines de la década de 1850, de la pluma ácida de un anarquista, Joseph Dejacque, que denunció públicamente y sin descanso los compromisos y acomodos de la pequeña burguesía republicana de la época.**

**2** **Lo cual no significa de ningún modo que podamos "cambiar el mundo sin tomar el poder", como sostendrán algunos gurúes del altermundialismo. Primero porque para cambiar el mundo es necesario quitarle el poder a la burguesía; luego porque para los anarquistas, el poder de cambiarlo excluye que éste pueda ejercerse "sobre el pueblo", ya que precisamente éste, autogestionado, detentará el poder en lugar de delegarlo.**

**3** **La vieja guardia anarquista francesa se expone a veces a este relegamiento. Sumida en el culto de los grandes ancestros y las polémicas obsoletas –Proudhon-Bakunin versus Marx-Engels–, reduciendo el pensamiento marxista al marxismo de aparato (partidario o estatal), ignorando a los pensadores más importantes del comunismo libertario (A. Pannekoek, O. Rühl, P. Mattik...), ésta acaba por abandonar el análisis materialista de las transformaciones del capitalismo, a causa de un antimarxismo visceral y a riesgo de no comprender más nada de éstas, y admitiendo la posibilidad de dar crédito a las suposiciones de algunos de sus partidarios. Como Stéphane Courtois, invitado a debatir sobre el fracaso de las revoluciones en la librería de la Federación Anarquista, en base al *Livre noir du communisme* (Libro negro del comunismo) (Robert Laffont, París, 1997) que parecía directamente salido de un *think-tank* neoconservador estadounidense.**

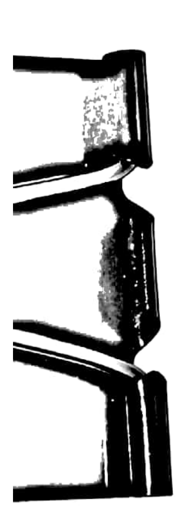


**4** **Michel Clouscard, *Néo-fascisme et idéologie du désir*, Denoël, 1973. *Le capitalisme de la séduction*, Éditions sociales, 1981.**

**5** **François Cusset, *La décennie. Le grand cauchemar des années 1980*, La Découverte, 2006.**

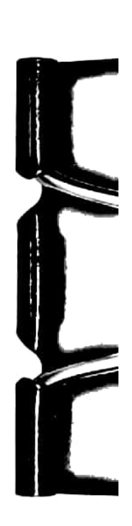
**6** **Philippe Corcuff, "Pour une social-démocratie libertaire", *Le Monde*, París, 18 de octubre de 2000.**

**J.P.G.**



# Pierre-Joseph Proudhon

**por Edward Castleton***



¿Qué conocemos del pensamiento de Pierre-Joseph Proudhon doscientos años después de su nacimiento, el 15 de enero de 1809? La fórmula: "La propiedad es un robo", pero muy poco más. La persona que Sainte-Beuve describía como el más grande prosista de su época, o Georges Sorel como el más grande filósofo francés del siglo XIX, sólo encuentra asilo en las librerías libertarias y en las estanterías para eruditos. A diferencia de otros pensadores y escritores de la misma época, como Karl Marx, Augusto Comte, Jules Michelet, Víctor Hugo y Tocqueville, las grandes editoriales lo desdeñan.

Sin embargo, el centenario de su nacimiento no pasó desapercibido en 1909. El presidente de Francia, Armand Fallières, fue a Besançon, lugar de nacimiento de Proudhon, para inaugurar una estatua de bronce del "padre del anarquismo". Los sociólogos de la corriente de Durkheim (1), los juristas radical-socialistas y numerosos sindicalistas se interesaban en él.

Pero la ola anarco-sindicalista retrocedió con rapidez. Los intelectuales y obreros que apreciaban a Proudhon antes de la Gran Guerra trataron, después de la Revolución rusa, de transformarlo en un anti-Marx. Los partidarios de Vichy, por su parte, recuperaron algunos aspectos corporatistas de su pensamiento, con el fin de asentar la legitimidad de su régimen. Pero esto no bastó para salvar su estatua en Besançon, que fue fundida por los nazis durante la Ocupación; y el crédito del pensador ante los progresistas quedó afectado de manera duradera.

Con más razón porque la posguerra favoreció en Francia la dominación intelectual del marxismo en la izquierda y relegó a un segundo plano otras fuentes, muy ricas sin embargo, del pensamiento social del siglo XIX. Exit (2) Proudhon, entonces, que

*Investigador incorporado a la Maison des sciences de l'Homme et de l'environnement (Casa de las Ciencias del Hombre y del Ambiente) de la universidad de Franche-Comté, Besançon. Editor de P.J. Proudhon, *Carnets inédits: Journal du Second Empire*, CNRS Editions, París. Artículo inédito en Chile.

Traducción: Lucía Vera.

buscaba un término medio entre la propiedad privada (apropiación exclusiva de los bienes por los particulares) y el comunismo (apropiación y distribución igualitaria de los bienes de los particulares por el Estado).

¿De dónde salió este precursor de una "tercera vía" anarquista? Nacido de un padre tonelero-cervecero y de una madre cocinera, Proudhon se mostró muy dotado para las letras clásicas, antes de tener que abandonar sus estudios, a causa de los problemas financieros de la familia, para trabajar como impresor. Gracias al aliento de algunos ciudadanos del Franco Condado, obtuvo una beca de tres años de la Academia de Besançon para realizar investigaciones lingüísticas y filológicas. Proudhon pudo dimensionar entonces las diferencias de clase y de experiencia que lo separaban de los miembros del Instituto, que se suponía seguían sus investigaciones en París. También percibió los límites de los intentos de los teóricos liberales de la Restauración y de la Monarquía de Julio para asentar la soberanía en las "capacidades" superiores de quienes las poseían.

Fue la época del sufragio censitario (restringido): quien posee, vota para elegir a alguien que posee aún más que él. Ante el derecho inviolable y sagrado de propiedad, la realidad de la miseria y del pauperismo contradice las esperanzas de los liberales cuando tratan de arraigar, al mismo tiempo, el orden social en el derecho civil de los particulares.

Convencido de que la distribución de las riquezas en el seno de la sociedad importa más que la representación política, Proudhon no ve en la ampliación del sufragio, preconizado por algunos republicanos, una solución suficiente para el problema de las desigualdades sociales. Esta conclusión lo lleva hacia la economía política.

Proudhon considera que el valor de una cosa debe ser evaluado según su "utilidad", es decir, sus efectos sociales, reales y materiales. Sus contemporáneos economistas, preocupados por la circulación de las riquezas mediante el intercambio, definen el valor de las cosas independientemente de las necesidades de subsistencia de los productores. "Los productos se intercambian por productos", dice en ese entonces Jean-Baptiste Say (1767-1832). Lo que equivale a decir que la venta de las mercancías se ve favorecida por el comercio de otras mercancías, y que en última instancia los productos valen lo que cuestan. Por el hecho de establecerse sobre la base de convenciones, el valor no tenía una base fija.

En consecuencia, según Proudhon, el valor de un producto se verifica con la vara de su utilidad. Por supuesto, el ideal de equilibrio entre producción y consumo sigue siendo deseable pero, para llegar a él, el producto vendido y el trabajo que ese producto incorpora deben encontrarse en una constante adecuación. Ahora bien, la naturaleza jurídica de la propiedad es un obstáculo para el intercambio igualitario, porque la riqueza sigue estando concentrada en las manos de los propietarios, rentistas y capitalistas. Entonces sería conveniente leer la ley de las salidas de Say (la oferta crea su propia demanda) de una manera mucho más revolucionaria.

Curiosamente, estas tesis atrajeron a los economistas liberales contemporáneos de Proudhon, como Adolphe Blanqui, el hermano del revolucionario. Su carácter iconoclasta parece estar en condiciones de tender un puente entre la crítica de los socia-

listas –a los cuales Proudhon les reprocha escribir guirigayes (lenguaje oscuro y difícil de entender) neocristianos que expresaban sentimientos vagos y bienpensantes como la fraternidad–, y la de los economistas, juristas y filósofos del orden establecido.

En este terreno, es posible que el propio Karl Marx haya apreciado la teoría de la plusvalía que Proudhon formulaba en *¿Qué es la propiedad?* (1840): "El capitalista, se dice, paga los jornales de los obreros; pero, para ser exactos, hay que decir que el capitalista paga tantas veces una jornada como obreros ha empleado cada día, lo que no es de ninguna manera lo mismo. Porque esa inmensa fuerza que resulta de la unión y la armonía de los trabajadores, de la convergencia y simultaneidad de sus esfuerzos, no la paga. Doscientos granaderos levantaron sobre su base, en algunas horas, el obelisco de Luxor; ¿pero puede acaso suponerse que un solo hombre, en doscientos días, hubiera podido hacerlo? Sin embargo, en la cuenta del capitalista, la suma de los salarios habría sido la misma. Y bien, es un desierto a convertir en cultivable, una casa a construir, una manufactura a explotar, es el obelisco a levantar, es una montaña a cambiar de lugar. La más pequeña fortuna, el más mínimo establecimiento, la puesta en marcha de la más pobre industria, exige el concurso de trabajos y de talentos tan diversos que un mismo hombre no bastaría nunca".

Sin duda Marx también compartía la crítica que Proudhon había hecho de lo que, en sus manuscritos de 1844, el propio Marx denominaba el "comunismo grosero". La ruptura entre esos dos hombres, que se frecuentaban en París, se produjo en 1846. Marx no tardó en expresar sus sarcasmos hacia un autor que prefería, como le había escrito en su carta de ruptura, quemar la propiedad "a fuego lento". Consideraba el deseo de Proudhon de reconciliar al proletariado y la clase media para derribar al capitalismo como la inclinación de un "pequeño burgués constantemente sacudido entre el capital y el trabajo, entre la economía política y el comunismo".

Después de la revolución de 1848 y de la instauración de la Segunda República, Proudhon fue elegido diputado. Estaba en la comisión de finanzas de la Cámara. Desde allí reclamó la creación de un banco nacional, capaz de centralizar las finanzas y en el cual la moneda, garantizada con la producción, sólo tendría un valor puramente fiduciario (el franco estaba entonces avalado con el oro). Proudhon reclamó también la reducción de las tasas de interés, de descuento, y la de los alquileres y arriendos. Después de las jornadas de junio (3), esas propuestas le valieron ser el hombre de su tiempo más caricaturizado y diabolizado por la prensa burguesa.

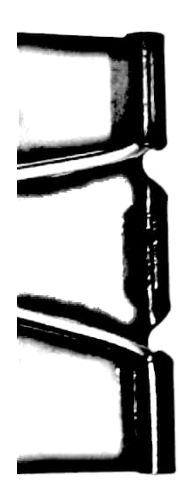
Como los proyectos de reforma de Proudhon terminaron en un fracaso, su autor realizó una reflexión sobre las aporías de la representación política. En su visión, la experiencia de la Segunda República representó el surgimiento de una oligarquía electiva, en la cual los diputados no son mandatarios reales, ya que el consentimiento de los ciudadanos a las leyes sólo se expresa indirectamente durante las elecciones legislativas.

La mayor parte del tiempo, el pueblo sigue siendo impotente ante sus delegados, a los que sólo puede sancionar rechazando reelegirlos. En realidad, la ruptura entre elegidos y electores se agranda rápidamente. Proudhon manifiesta: "Hay que haber vivido

en esta isla que llamamos Asamblea Nacional (Cámara de Diputados) para concebir cómo los hombres que ignoran de la manera más completa el estado de un país son casi siempre quienes lo representan (4)".

Pero su análisis va más allá de esta simple constatación, ya que considera que la Constitución de 1848 le confiere demasiado poder ejecutivo al presidente de la República, con lo cual la evolución hacia una dictadura es inevitable. Preso por haber denunciado los tejemanejes de Luis Napoleón Bonaparte (5), y decepcionado luego tanto por la cobardía de la burguesía ante el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851 como por la popularidad del régimen imperial en las clases populares, Proudhon observa con amargura, desde su celda, la instalación del Segundo Imperio.

Después de su liberación, en 1852, se levanta contra la concentración de riquezas –vinculada a las concesiones de los ferrocarriles y a las connivencias de los especuladores de la Bolsa– entre las manos de algunos pocos. En 1858 debe exiliarse en Bélgica para evitar un nuevo encarcelamiento, después de la publicación de su obra anticlerical *De la justicia en la revolución y en la iglesia*. Sólo vuelve a París hacia el final de su vida, más pesimista que nunca en cuanto al carácter "democrático" del sufragio universal.



En sus últimos escritos, antes de su muerte el 19 de enero de 1865, Proudhon denuncia incluso la inutilidad de las candidaturas proletarias. La clase obrera debería romper con las instituciones "burguesas", crear asociaciones basadas en el principio de mutualidad e institucionalizar la reciprocidad. En resumen, inventar una "democracia obrera".

Si se dejan de lado algunos aspectos de las ideas de Proudhon (anti-feminismo, misoginia, e incluso una pizca de antisemitismo), frecuentes entre los socialistas del siglo XIX, su pensamiento sigue siendo actual. Especialmente teniendo en cuenta el clima de escepticismo ante el funcionamiento del sistema democrático en los países capitalistas avanzados. Porque no es evidente que los intereses de las clases populares y trabajadoras estén hoy mejor "representados" por los partidos políticos que en la época de Proudhon...

Entre todos los intentos actuales tendientes a "modernizar" el socialismo, ¿existe algún lugar para una ideología que preconiza una ruptura de clase, radical pero pacífica; que exige la organización de la sociedad en función de una división del trabajo mutualista y dirigida a una menor diferenciación de los salarios; que busca la justicia preocupándose de la economía; que prefiere la representación socioprofesional al sufragio universal, porque siempre puede degenerar en cesarismo; que declare la guerra a los especuladores y a las grandes fortunas; que preconice un federalismo radicalmente descentralizador y de ninguna manera europeísta y librecambista, y que denuncie las ingerencias "humanitarias" de las grandes potencias en los países multiétnicos? ¿O acaso Proudhon está destinado a no ser apreciado sólo por aquellos, más marginales y menos mediatizados, que prefieren las librerías libertarias a los *sets* de televisión?

En el bicentenario de Proudhon, podemos tener simplemente la esperanza de que este pensador y militante reencuentre una parte del renombre que tuvo hace cien años. ♦

1 Emile Durkheim (1858-1917), al desarrollar una ciencia de los hechos sociales, inventó una nueva disciplina: la sociología.

2 N. de la T.: Hirschman, habla de los términos "exit" y "voice", haciendo referencia al retiro del sistema por parte de los subordinados o del uso de la protesta como formas de presión ante los superiores, respectivamente.

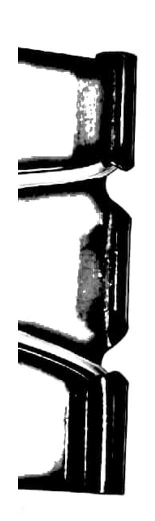
3 La Asamblea Nacional, dominada desde las elecciones del 23 de abril de 1848 por los conservadores, cerró los talleres nacionales –una organización destinada a brindar trabajo a los desocupados parisinos– desencadenando una violenta revuelta en la capital. Entre el 22 y el 26 de junio, cerca de 4.000 insurgentes fueron asesinados. Y otros tantos fueron deportados a Argelia.

4 Pierre-Joseph Proudhon, *Confessions d'un révolutionnaire*, 1849.

5 Quien fue electo, triunfalmente, presidente de la República en diciembre de 1848.

E.C.







# Las claves del enigma español

**por Ángel Herrerín López ***

En España, durante el período republicano (1931-1936) y la Guerra Civil (1936-1939), el anarcosindicalismo desempeñó un papel de capital importancia. Su principal organización, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), contaba con quinientos treinta y cinco mil adherentes en junio de 1931 y dos millones durante la guerra. Una situación que contrasta de manera singular con la que prevalece hoy día, puesto que el movimiento anarcosindicalista prácticamente ha desaparecido de la sociedad española. O al menos ocupa un lugar muy marginal en relación con lo que ha sido.

Una serie de factores explican esta decadencia: la represión franquista, las confrontaciones internas, la ausencia de un relevo generacional y la debilidad de la ayuda internacional.

El régimen de Francisco Franco golpeó con dureza a los sindicatos y en especial a la CNT -la organización clandestina cuyos órganos de dirección fueron desmantelados por la policía la mayoría de las veces. Así, en el curso de los diez primeros años de dictadura cayeron once comités nacionales y más de sesenta estructuras regionales, y varios dirigentes fueron ejecutados, como en Valencia en 1941.

Aunque el carácter autoritario y policial del franquismo constituyera un peligro para cualquier organización clandestina, la CNT facilitó su trabajo al preservar la misma estructura federal que existía en los tiempos de la legalidad: sindicato, comité regional y nacional. Convencidos de la inminente caída de Franco, sus dirigentes apostaron a la fuerza del número -en 1946 había entre cincuenta y sesenta mil miembros en España– en detrimento de la seguridad basada en un militantismo limitado, organizado en grupos estancos, mejor adaptados a la clandestinidad. En consecuencia, la caída de

*Ángel Herrerín López es profesor en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) de Madrid y autor de *La CNT durante el franquismo. Clandestinidad y exilio (1939-1975)*, Siglo XXI, Madrid, 2004. Artículo inédito en Chile.
Traducción: Teresa Garufi.

cualquier comité podía provocar el desmantelamiento en cadena de la organización y la prisión para decenas de militantes. El resultado fue el agotamiento de las filas y, desde principio de los años '50, la casi desaparición de la CNT en tanto organización de masas.

Después, si bien en la posguerra todas las organizaciones antifranquistas resultaron afectadas en distinto grado por las luchas internas, éstas fueron especialmente violentas entre miembros de la CNT. Estos enfrentamientos causaron una primera escisión del movimiento libertario que duró dieciséis años (1945-1961) y luego otra, esta vez definitiva, a mediados de los años '60. De este cisma emergieron dos organizaciones que mantuvieron las mismas siglas.

La CNT "ortodoxa", eminentemente revolucionaria y mayoritaria en el exilio -conducida por Federica Montseny y su compañero Germinal Esgleas- quería retornar a los puros principios anarquistas. Defendiendo las colectivizaciones y las milicias, esta fracción deseaba dar vuelta la página de la participación en los gobiernos republicanos durante la Guerra Civil, que percibía como una causa del debilitamiento del movimiento libertario.

Por su parte, la CNT "posibilista", sindicalista y mayoritaria en España, perseveraba la colaboración con el resto de las organizaciones antifranquistas, incluso participando en los gobiernos republicanos en el exilio. De modo que las dos organizaciones divergían en cuanto a las tácticas que debían desarrollarse para expulsar a Franco del poder. Mientras que los ortodoxos apostaban a la acción directa, es decir a la insurrección, el sabotaje o el atentado, los posibilistas defendían la negociación política, con el objeto de que las potencias occidentales contribuyeran a provocar el fin de la dictadura. Para los primeros, como lo escribieron en diciembre de 1945 en su publicación CNT, "la caída de Franco será el hecho de la Resistencia del interior [de] la acción directa contra todas las formas de tiranía (...) al margen de toda acción diplomática, por afuera y por arriba de cualquier gobierno".

Así es como en 1947, en el Congreso de Toulouse, la CNT ortodoxa creaba la Comisión de Defensa encargada de organizar este tipo de acciones en la Península. Por su parte, viendo la manera en que la represión minaba la acción militante, los posibilistas pensaban que sin la ayuda internacional sería imposible terminar con el dictador. El Comité Nacional se preguntaba: "Si el pueblo fue vencido con las armas en la mano, ¿cómo convocarlo a la lucha violenta ahora que tiene las manos vacías?"

Esta confrontación no habría podido ser más nefasta para los libertarios: por ejemplo, se vio cómo la dirección ortodoxa enviaba a militantes a España para que expulsaran a los posibilistas de la dirección de la organización clandestina. Esto desconcertó a los militantes y en algunos casos facilitó la acción represiva del régimen. Además, siempre en España, la CNT se vio privada de la ayuda económica que podía recibir de la organización mayoritaria en el exilio, en momentos de extrema necesidad.

Pero esta última no pudo evitar las luchas internas. Se sucedieron así disoluciones de secciones locales y la exclusión de militantes, en especial tras la creación en 1967 de una "comisión de asuntos conflictivos", considerada por algunos militantes como una

verdadera "máquina de sancionar". Hasta el punto, por otra parte, que de los cincuenta mil adheridos representados en el Congreso de París de 1945, treinta años más tarde sólo quedaban dos mil.

Con la victoria de los ortodoxos, la "trilogía sagrada" (sindicalismo revolucionario, acción directa y comunismo libertario) aprobada en los congresos de la preguerra, sirvió de guía de acción para el futuro. Así, la CNT siguió viendo al Estado como a su enemigo, en momentos en que el desarrollo del papel que jugaba en la redistribución de la riqueza debilitaba ese tipo de crítica en un mundo obrero que se veía muy beneficiado.

Pero sin duda lo más grave para la organización fue la ausencia de relevo generacional: sus militantes seguían atados a la Guerra Civil. En España, la CNT se negó a participar en los sindicatos verticales franquistas (1), lo que dificultó el contacto con los trabajadores jóvenes y, en consecuencia, su captación. Un ejemplo significativo: de los cuarenta y cuatro de sus miembros arrestados en 1960, cuarenta y uno tenían más de 18 años al inicio la guerra.



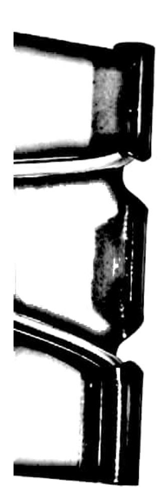
El mismo fenómeno afectó a la organización en el exilio: dedicando toda su energía a España y acariciando la esperanza del regreso, permaneció al margen de las luchas sociales y políticas de los países receptores. Se desconectó así de importantes fuentes de renovación y abandonó terrenos en los cuales los libertarios habían estado tradicionalmente a la vanguardia, como la defensa de la libertad personal, la cultura y la sexualidad.

Por último, hay que señalar que a la muerte del dictador la ayuda internacional fue escasa. Mientras que otros movimientos antifranquistas recibían un fuerte apoyo del exterior, la CNT se encontró sola al iniciar el sinuoso camino de la transición. Muchos otros movimientos libertarios europeos o latinoamericanos también habían sufrido la represión en su país o luchas internas que los habían debilitado. Por lo tanto no pudieron constituir un punto de apoyo en un momento crucial para el anarcosindicalismo español.

A pesar de algunas manifestaciones masivas y efímeras a principios del proceso democrático (como en 1977 el meeting de San Sebastián de los Reyes o las jornadas libertarias de Barcelona), la CNT no pudo recobrar su lustre y su poder de antaño. ◆

**1 Se trataba de una forma oficial de sindicalismo: corporativista, controlada por el régimen franquista. La progresiva integración en sus filas de militantes comunistas y socialistas aumentó su combatividad y la convirtió en una fábrica de cuadros para los principales sindicatos obreros de la transición democrática, como la Unión General de Trabajadores (UGT) y las Comisiones Obreras (CCOO).**

**A.H.L**



# Asia oriental antes de 1945

**por Cho Sehyun***



El anarquismo aparece en Asia oriental a fines del siglo XIX. Primero se confunde con el nihilismo ruso, pero enseguida pasa a ocupar un lugar específico dentro del movimiento socialista que se desarrolla en la época. Aun cuando los asiáticos aprecian el costado innovador de una ideología desarrollada en Europa, se esfuerzan por inscribirla en el marco de sus propias tradiciones nacionales.

El comunismo libertario de Piotr Kropotkin se convierte en la referencia principal y sobre todo en el principio de la huelga general, que comienza a extenderse en 1907, en particular en Japón. Todas las figuras representativas del anarquismo en Asia oriental pertenecen a esa corriente: Kotoku Shusui (1871-1911), Osugi Sakae (1885-1923) e Ishikawa Sanshiro (1876-1956) en Japón; Li Shizeng (1881-1973), Liu Shifu (1884-1915) y Pa Kin (1904-2005) en China, y Shin Ch'ae-Ho (1880-1936) y Ryu Cha-Myong (1891-1985) en Corea. La teoría kropotkina de la ayuda mutua, en efecto, tiene puntos en común con la cultura esteasiática: su filosofía moral se parece al confucianismo y sus principios de solidaridad internacional permiten oponerse al imperialismo y al militarismo.

Menos traducidos que en otros sitios, los escritos de Proudhon, Bakunin o Malatesta ejercen en Asia oriental una influencia más reducida. El anarquismo se desarrolla en el mundo sindical a partir de los años veinte, con la formación de una clase obrera industrial en China y en Japón. En tanto símbolo de una forma de modernidad, se extiende en numerosos ámbitos: las artes (poesía, literatura y teatro en particular), el feminismo, la liberación de los descastados (los *Burakumin* de Japón), el pacifismo, la promoción del esperanto y la agronomía.

*Departamento de sociología de la Universidad Pugyong Se-Hyon Cho (Cho-Sehyun).
Artículo inédito en Chile.
Traducción: Mariana Saúl.

El anarquismo adquiere formas diferentes según los países. En Japón, evoluciona a un ritmo y según modalidades muy parecidas a los de Europa occidental. Los japoneses pasan rápidamente de una sociedad feudal a una sociedad capitalista, lo cual favorece la emergencia de conflictos y una toma de conciencia que alía el antiimperialismo con el anticapitalismo. Los revolucionarios promueven no sólo el derrocamiento de la monarquía, sino también el de la burguesía. En 1911, con el pretexto de un proyecto de complot contra el emperador, el gobierno pone en marcha un ciclo de represión contra los anarquistas.

En China, la lucha social se confunde con la revolución antiimperial (*bai huang geming*). Sin embargo, aun cuando el sistema imperial es eliminado (gracias al éxito de la revolución de 1911), la política militarista que lo sucede decepciona a los anarquistas, que entonces se vuelven hacia una revolución cultural y participan activamente en el Movimiento de la Nueva Cultura.

En cuanto a Corea, debido a la brutal colonización japonesa, el anarquismo se inscribe en una perspectiva de liberación nacional, de derrocamiento del imperialismo nipón y de un intento de obtener por la fuerza la independencia de la nación. Es por eso que el movimiento, desde el principio, se ve estrechamente vinculado con las corrientes de pensamiento nacionalistas, que marcan sus orientaciones políticas. En Taiwán la situación se percibe idéntica –el país también está colonizado por Japón–, pero los anarquistas taiwaneses privilegian los movimientos culturales sin recurrir a la violencia.

Si bien el anarquismo pudo tener vínculos con el nacionalismo en algunos países de Asia oriental, en todas partes buscó, por sobre todo, el internacionalismo. Esto aparece en China con la Asociación de Acuerdo Asiático o incluso el Instituto del Socialismo. En Japón, a partir de 1907, Kotoku Shusui establece contactos en China y en India, y los revolucionarios extranjeros residentes en Tokio se suman. Como consecuencia, será creada la Asociación de Acuerdo Asiático, que albergará a revolucionarios indios, coreanos, vietnamitas, filipinos y malayos. Con la muerte de Kotoku Shusui en 1911, y la vigorosa represión llevada a cabo por el gobierno japonés, comienza un período de repliegue. En China, el movimiento Liu Shifu establece lazos con numerosas organizaciones anarquistas de Japón, Estados Unidos, diversos países de Europa y Rusia.

La revolución rusa provoca oposiciones y divisiones dentro de los movimientos socialistas de Asia y despierta debates entre anarquismo y bolchevismo. En Japón, el sindicato de orientación anarquista (la *Zenjiren*) alcanza los 15.000 miembros en 1927, mientras que el sindicato de orientación bolchevique (la *Hyogikai*) cuenta apenas con 12.500. Es difícil imputarles a las controversias internas del socialismo la pérdida de influencia de los anarquistas, pero sí se observa que a partir de fines de los años veinte su movimiento se debilita.

Sin embargo, a principio de dicha época las actividades internacionales de los anarquistas japoneses y chinos se desarrollan. En octubre, Osugi Sakae se desplaza clandestinamente a Shanghai para discutir la creación de una Unión de Anarquistas de Asia oriental y participar en la Conferencia de Socialistas de Extremo Oriente.

Enseguida se dirige a Europa, volviendo a pasar por China, para participar de la Conferencia Anarquista internacional prevista en Berlín en 1923. Pero inmediatamente después del gran terremoto de Kantó en 1923 (1), Osugi Sakae fue asesinado por las autoridades militares, junto con su compañera anarquista y feminista Ito Noe. El proyecto de Unión seguirá siendo letra muerta.

Las actividades de los anarquistas perduran a pesar de todo. Sólo en Shanghai, durante la segunda mitad de la década del veinte, pueden citarse, entre otras, la organización de la Universidad de los Trabajadores, del Instituto de Entrenamiento de Grupos Populares de Quanzhou y de la Federación Oriental de Antiestatistas.

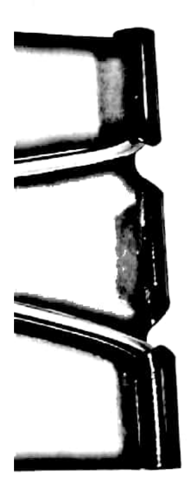
La invasión de China por los japoneses a partir de 1931 representa un frenazo en el desarrollo del movimiento anarquista. El refuerzo del régimen imperial y el militarismo de Japón en principio se vieron acompañados de una represión sistemática de los movimientos contestatarios, tanto en la metrópoli (liquidación del movimiento insurreccional y libertario de las Juventudes Rurales en el Kishû, en 1934-1935, y del Partido anarco-comunista en 1935) como en los países que estaban bajo su dominación. Corea y Taiwán conocen así una mayor coerción y todas las rebeliones son cruelmente sofocadas.



En China, dos partidos, el Kuomintang y el Partido Comunista, intentan con dificultad hacer frente a la invasión japonesa, lo cual no deja mucho lugar al movimiento anarquista. No obstante, en 1931, nace una liga común entre anarquistas coreanos y chinos: la Confederación de Salvataje del país contra los japoneses. Japoneses y taiwaneses también participan. Por entonces, las tensiones entre el nacionalismo y el internacionalismo son muy fuertes. Es también en este momento cuando a los anarquistas chinos y coreanos les resulta más difícil conciliar su ideal y su implicación en las luchas de liberación, mientras los comunistas controlan el movimiento obrero con mano férrea. ◆

**1 Sismo que, el 1 de septiembre de 1923, devastó la llanura de Kanto, destruyó Tokio y causó entre 100.000 y 150.000 muertes, según las fuentes.**

**C.S.**



# Teoría y práctica de los anarquistas chilenos en las luchas sociales de comienzos del siglo XX*

por Sergio Grez Toso**



## Introducción

El pensamiento de los anarquistas chilenos en la etapa formativa de su corriente ha sido bien analizado (1). Sin embargo, casi todos los estudios se limitan a exponer sus lineamientos teóricos, sin intentar un contrapunto entre el discurso y la práctica ácrata en el seno del movimiento obrero y popular. El énfasis unilateral puesto en los principios, tiende a imponer una visión idealizada de los libertarios ya que sus declaraciones aparecen dando cuenta de la realidad de la corriente o movimiento que estos impulsaron. Conviene preguntarse si las personas, clases, grupos sociales y partidos pueden ser juzgados sólo (o principalmente) en función de lo que dicen o, si de manera más dialéctica, es necesario incluir en el análisis teoría y praxis, para acercarnos mejor a la comprensión de los fenómenos históricos.

Nuestra opción se inscribe en esta última perspectiva y por eso intentaremos contrastar el discurso con la acción ácrata en Chile en la alborada del siglo XX. Hemos escogido el breve período transcurrido entre 1900 y 1905 porque durante esos años el anarquismo adoptó más claramente un perfil que tendió a diferenciarlo de otras corrientes de redención social –como los demócratas y socialistas- y porque, al mismo tiempo, logró incidir en algunas importantes movilizaciones de las masas trabajadoras. Nos hemos limi-

* Artículo elaborado en el marco del Proyecto FONDECYT N°1030039.

** Director del Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna, profesor del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile.

tado al eje constituido por las dos ciudades principales, Santiago y Valparaíso, puesto que hasta entonces la irradiación práctica de esta vertiente revolucionaria en los movimientos populares, se circunscribía en lo fundamental a esos dos polos urbanos. Aunque hacia 1904 se produjo una importante emigración de activistas ácratas hacia la región del salitre y poco antes al menos un agitador de esta tendencia se había dirigido hacia la zona del carbón en el Golfo de Lebu, el impacto efectivo de su acción en estas nuevas áreas de trabajo militante era aún muy débil en los movimientos sociales, limitándose a una labor centrada en la difusión de ideas y organización de pequeños grupos que todavía no se enraizaban sólidamente entre segmentos significativos del mundo de los trabajadores.

Esta perspectiva de análisis nos lleva también a no considerar en este estudio ciertas expresiones eminentemente intelectuales y artísticas de la corriente ácrata, como la colonia tolstoyana formada hacia 1905 en San Bernardo, de nula influencia en los movimientos populares, que terminó siendo una simple comunidad de artistas y escritores alejada del pensamiento del escritor ruso que la inspiró originalmente. Y aunque en la "colonia comunista" que surgió en 1903 en las cercanías del Cerro San Cristóbal de la capital, participaron algunos trabajadores ilustrados como Alejandro Escobar y Carvallo, el tipógrafo español Temístocles Osses y los zapateros franceses Aquiles Lemire, Francisco Robert y Alfonso Renoir junto a artistas como Benito Rebolledo y Julio Fossa Calderón, los efectos prácticos de esta experiencia en los movimientos sociales fueron, al parecer, tan escasos o nulos como los de su homóloga de San Bernardo (2).

La aventura comunitaria de estos y otros personajes fue una tentativa por hacer realidad en la existencia cotidiana "la Idea" libertaria. Charlas vespertinas sobre arte y filosofía, excursiones dominicales y paseos a los cerros y campos vecinos, práctica de deportes como box y lucha romana, vida vegetariana y sin consumo de tabaco, fueron los medios escogidos para llevar una vida acorde con sus principios. La colonia de la calle Pío Nono, trasladada luego a la calle Domínica, desarrolló sus actividades durante dos años, publicando un periódico, *La Protesta Humana*, dirigido por Escobar y Carvallo. Pero la experiencia sucumbió debido a las dificultades económicas, las campañas de desprestigio –se decía que los anarquistas practicaban la comunidad de techo, bienes y mujeres- y, según algunas versiones, también por culpa del hostigamiento policial. Algunos de sus integrantes -como Escobar y el francés Lemire- se incorporaron entonces a la colonia de San Bernardo que conformaban los escritores Augusto D'Halmar y Fernando Santiván, los pintores Pablo Burchard y Rafael Valdés, el escultor Julio Ortiz de Zárate y otros intelectuales, cuando ese colectivo, ya en plena decadencia por los conflictos personales y la falta de preocupaciones sociales y políticas de sus miembros, vivía sus últimos días (3).

Con todo, es necesario consignar que estos ensayos colectivistas, especialmente los realizados a los pies del cerro San Cristóbal, si bien no fueron trascendentes respecto del movimiento obrero, sí deben haberlo sido en la conformación del *imaginario* de quienes fueron sus integrantes, algunos de los cuales seguirían sembrando la semilla del anarquismo entre los trabajadores.

## La teoría

En el plano teórico general la corriente ácrata que empezó a constituirse en Chile hacia fines del siglo XIX no difirió en nada sustantivo de los movimientos del mismo signo ideológico que desarrollaban por aquellos años en otros países (4). Probablemente el rasgo distintivo de los adherentes a la tendencia libertaria criolla era su escaso apego a fórmulas ideológicas muy rígidas y una cierta inclinación a actuar según necesidades prácticas que, en más de una ocasión, los hicieron alejarse de la pureza doctrinaria. No obstante, los anarcos chilenos fueron tributarios de los discursos, análisis y propuestas típicas de la corriente libertaria internacional que llegaron desde Europa, Argentina y Perú a través de periódicos, libros, folletos, inmigrantes, viajeros y uno que otro activista que vino a reforzar el trabajo de los militantes nacionales.

El objetivo cardinal de los pioneros de esta vertiente revolucionaria fue la construcción de una sociedad Comunista Anarquista o Comunista Libertaria, definida por Magno Espinoza como "una sociedad sin autoridad, sin capital y sin propiedad individual" en la que:

"[...] entonces los individuos libres de toda traba y de toda imposición gubernativa, no tendrían ante sí la horrible expectativa del mañana incierto; no tendrían ese sentimiento ruin y rastrero de desearle mal a sus semejantes para poder vivir [...]" (5).

El Estado era visto como la encarnación del autoritarismo, la base del sistema de dominación y explotación, que tenía como otros componentes fundamentales a la burguesía y la Iglesia. La democracia burguesa era un engaño y las instancias de mediación y representación política (partidos, parlamento, gobierno, etc.) formaban parte del mismo sistema. Hacia comienzos de 1903 *La Ajitación* resumía estas últimas ideas en tres frases lapidarias:



"Todo lo que debe decirse sobre el voto electoral puede condenarse en pocas palabras: Votar es abdicar. Nombrar uno o más patrones por un período más o menos largo, es lo mismo que renunciar a la propia soberanía" (6).

El pueblo –se sostenía en *El Ácrata*- no debía tener representantes, mediadores ni protectores, sólo debía confiar en sus propias fuerzas y realizar la revolución social:

"La Anarquía tiende a destruir todas las tiranías presentes para fundar una sociedad de iguales en que no haya zánganos ni explotadores, donde no hayan hambrientos sino satisfechos, y esto no lo conseguiremos con la política sino con la revolución social que destruirá las bastillas burguesas y devolverá a los trabajadores esa libertad (7)

Destruir para construir una sociedad enteramente nueva era un concepto que atravesaba el discurso ácrata. La sociedad anárquica surgiría de las ruinas del capitalismo. Según se explicaría algunos años más tarde en el periódico *Luz y Vida* editado en Antofagasta:

"La anarquía significa negación de gobierno y por ende destrucción del régimen actual; una destrucción que al mismo tiempo significa reconstrucción de la sociedad en una nueva vida de paz, progreso y libertad" (8).

Las vías para el logro de estos objetivos podían resumirse en el concepto de la acción directa, descrita de la siguiente manera por otro militante antofagastino:

"Unirse, organizarse libremente en sociedades de resistencia, formar grupos de propaganda libertaria, eso habrá que hacer; y así, hoy declarando una huelga parcial, mañana general, iremos poco a poco arrancando concesiones, hasta llegar a la expropiación de la propiedad privada, que será el preludio de la sociedad anarquista" (9).

Muchos anarquistas pensaban que sólo mediante la destrucción violenta del aparato estatal podría resolverse el problema del poder, no para construir otro poder –como preconizaban los marxistas- sino para eliminarlo definitivamente junto a toda autoridad, provocando de este modo la vuelta de la sociedad al estado natural. Pero los postulados teóricos de los libertarios no eran unívocos. Para alcanzar una comprensión cabal acerca de la relación entre la teoría y la praxis ácrata, es necesario subrayar que las definiciones ideológicas de la corriente anarquista en Chile se efectuaron mediante aproximaciones sucesivas que pasaron desde una imprecisa adscripción al "socialismo" –como era el caso de quienes serían sus figuras más destacadas cuando militaban en la Unión Socialista en 1897 (10)- hasta las posiciones más ortodoxas de "la Idea" libertaria, dejando siempre un amplio espacio para distintas interpretaciones de la doctrina.

La decantación ideológica se aceleró cuando en el primer trimestre de 1898 Alejandro Escobar y Carvallo, Luis Olea y Magno Espinoza –los primeros activistas que lograron mantener durante varios años una acción constante- organizaron su grupo en torno al periódico *La Tromba*. A pesar de la reproducción de algunos artículos de autores claramente representativos del anarquismo internacional - como Piotr Kropotkine- el contenido de los textos de los militantes chilenos publicados en este órgano distaba mucho de un punto de vista estrictamente ácrata, situándose todavía en un plano genérico en pro del "socialismo" como lo dejaba entrever un artículo de Luis Olea (11).

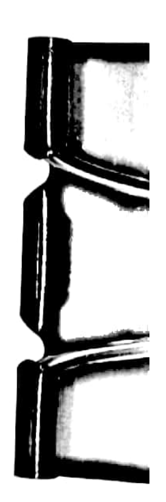
Sin embargo, cuando a fines del mismo año *El Rebelde* sucedió a *La Tromba*, las posiciones del mismo núcleo habían sufrido un giro trascendental al declararse abiertamente anarquistas con un tono combativo, desafiante y hasta provocador. Pero el breve tiempo que alcanzaron a publicarse ambos periódicos no permitió que los libertarios chilenos ahondaran sus posiciones. Fue recién desde *El Ácrata*, editado bajo la dirección de Magno Espinoza a partir del verano de 1900, que estos precursores pudieron explayarse en sus concepciones a la par que intentaban ponerlas en práctica en el seno del pueblo.

Descartada por principio la actividad política (al menos en los términos tradicionales), la acción de los anarquistas debía desarrollarse exclusivamente en el plano de la lucha y organización social. Un lugar central de su estrategia estaba ocupado por el incentivo de huelgas obreras para arrancar conquistas a los patrones, "templar el espíritu revolucionario" e "iniciarse en las escaramuzas que preceden a la gran batalla final" de la revolución social (12). Pero, como se explicaba en *El Ácrata* a propósito de un conato de huelga entre los obreros zapateros santiaguinos a comienzos de 1900, que había fracasado, según los libertarios, porque los dirigentes de ese movimiento habían sido

compasivos con los patrones, no se trataba de apoyar cualquier huelga sino aquellas que se llevaban a cabo "en debida forma, es decir, de una manera revolucionaria" porque el obrero no debía tenerle lástima al patrón (13).

La "manera revolucionaria" de desarrollar las huelgas hacía insoslayable el problema de la violencia tanto del Estado y los patrones como de los trabajadores y sus organizaciones. Según Agustín Saavedra, la aceptación de la huelga como medio de lucha importaba la "manifestación de un estado de conciencia enteramente revolucionario" que demostraba "un deseo sentido aunque no expresado de una mejor organización social, una protesta elocuente contra el actual estado de cosas" (14). No obstante esta incipiente toma de conciencia, la sistemática intervención de las autoridades a favor del capital hacía inevitable la violencia:

"Como la huelga [...] obedece a un inevitable fenómeno social, la intervención de las autoridades no hace más que enconar la lucha y obligar a que el huelguista busque los medios violentos para oponerlos a la violencia gubernativa. [...] Y esta intromisión de las autoridades en estos movimientos, va enseñando al trabajador que la táctica del paro, únicamente el paro, es incompleta, y que para luchar con éxito se necesita la revuelta popular como completamente indispensable de la huelga.[...] Entre nosotros, donde ya tenemos intervención de parte de las autoridades, donde hay más de un funcionario público que espera matar estos movimientos con el sable y la cárcel, no es raro que ya empiecen también a tomar las huelgas un marcado carácter de violencia, como la de panaderos, por ejemplo.[...] Sólo que [...] nuestras sapientes autoridades judiciales que creen curar todos los males sociales con unos cuantos artículos de códigos (pues su ignorancia en estos asuntos les impide ver más lejos) atribuyen esa actitud de los obreros a la propaganda malsana de los agitadores de oficio. No quieren ver que son sus propias armas que los hieren. La violencia es su fuerte; es su principio fundamental de organización social; el obrero no puede dar más que lo que recibe: violencia" (15).



Por lo demás, la posición anarquista frente a la violencia se desprendía de una percepción global acerca de las relaciones sociales y de la vida en general, una reflexión de carácter filosófico basada en observaciones y reflexiones sencillas y, por eso mismo, de innegable fuerza explicativa:

"Donde quiera que vayamos no encontramos sino la violencia que nos acecha, que nos cerca y que nos ahoga. [...]

Violencia vemos en el comerciante, que impone sus precios a los compradores; violencia en estos, que complotándose obligan al mercader a declararse en quiebra. ¡Violencia ejerce el patrón con el trabajador y este con aquel! Violencia hallamos en lo que llaman cortesía y buenas maneras, porque en la mayoría de los casos no representan lo espontáneo. Violencia en el matrimonio actual, que muchas veces anuda ciegamente dos caracteres que se repelen. Violencia en las costumbres y en los gustos. Violencia en el amor, por que si el hombre es pobre tendrá que abandonar, mal que le pese, el fruto de sus relaciones, y si es rico, lo hará por el 'qué dirán'. Violencia para aceptar el brutal trabajo que hoy tenemos que ejecutar. El producto al nacer ejerce violencia, sea un niño,

flor o cualquier fruto ¡Pero si vemos que en la misma naturaleza todo es violencia! Por ella existen las revoluciones atmosféricas, la rotación de astros y planetas, el frío y el calor, la luz del sol y las lluvias, etc., etc.

Todo es producto de la violencia.

¿Y se quiere que nosotros, míseras partículas de este gran Todo, nos sustraigamos a esta ley fatal?...

Por algo se ha dicho que el hombre es audaz.

Si la fuerza necesita de otra fuerza mayor para ceder su puesto; si la ley vital de los mundos es la fuerza, y si es cierto lo que la historia nos cuenta del papel que ha desempeñado la fuerza en el progreso de los pueblos y de las razas, entonces confiemos a ella nuestra redención; es más, trabajemos por que se manifieste cuanto antes en todo su poder.

Sea ella la fuerza de las conciencias o la de los puños" (16).

Este reconocimiento de la violencia como un elemento omnipresente en la vida de las sociedades no significó que los ácratas chilenos hicieran un culto de ella o que predicaran su empleo indiscriminado. Si bien algunos militantes incurrieron en una verborrea violentista, la *práctica* de los libertarios criollos estuvo más cerca de los conceptos emitidos por los redactores del periódico *La Campaña* en septiembre de 1900, para quienes la violencia era "sólo un medio discutible como cualquier otro", sin llegar a ser la "suprema finalidad de la anarquía" (17). En realidad, al igual que en muchos otros tópicos, no existía un consenso en las filas anarquistas sobre este tema. Las posiciones cambiaban de un individuo a otro. Frente a los apologistas de la violencia se alzaban al interior de la misma corriente quienes –como Manuel J. Montenegro- planteaban otras alternativas:

"[...] tenemos otros medios de lucha [...] Esos medios son la huelga parcial o gremial para mejorar nuestras condiciones económicas, y la huelga colectiva del proletariado, precursora de la Revolución Social.

Tenemos otros medios revolucionarios, sin recurrir a la violencia de ninguna especie, eludiendo la ley en cuanto es posible: el que pueda se casa por amor libre y no bautiza sus hijos; el que pueda burle la ley militar, como se burla la ley de la Iglesia de ir a misa, confesarse, etc., etc." (18).

## La práctica

Las masacres de trabajadores perpetradas por las fuerzas armadas y policiales para reprimir las huelgas mineras en la zona del carbón y de los portuarios de Valparaíso en 1903 parecían confirmar el análisis de los partidarios de la acción directa. ¿Pero cuál era la práctica anarquista en los movimientos sociales? ¿Cuál era el grado de coherencia entre el discurso de la violencia y la praxis en las luchas populares?

Las huelgas obreras en Chile venían experimentando un proceso de extensión y radicalización desde la década de 1880 que había provocado una enérgica respuesta represiva del Estado y, al mismo tiempo, había acelerado el surgimiento de nuevos tipos de

organización popular que, sobrepasado las prácticas tradicionales de la ayuda mutua y de la cooperación del movimiento en pro de la "regeneración del pueblo", comenzaban a situarse derechamente en el plano de la reivindicación y el enfrentamiento clasista con los patrones. La incubación del sindicalismo se apresuró durante la última década del siglo XIX (19). En las postrimerías de esa centuria aparecieron las primeras "sociedades de resistencia", manifestación inaugural del anarcosindicalismo en Chile, que permitió a los ácratas poner en práctica sus ideas de lucha social (20). Si bien, el aporte de los libertarios en el desarrollo de estas nuevas organizaciones de la clase obrera fue inobjetable, debe subrayarse que las sociedades de resistencia eran un hito –más perfilado y decidido- de un proceso que se había iniciado lentamente casi un par de décadas antes de que en 1898 Esteban Cavieres fundara entre los obreros de imprenta de Santiago la primera de las sociedades de resistencia (21).

La creación e incentivo de las sociedades de resistencia implicaba una ruptura con el discurso y la práctica del mutualismo que había sido hasta entonces la principal forma de organización popular. Los anarquistas y los sindicalistas agrupados bajo su influencia en estas noveles asociaciones criticaban el carácter inocuo de las sociedades de socorros mutuos, su incapacidad para arrancar concesiones a los patrones que mejoraran la condición de los trabajadores, lo inoportuno que resultaba inculcar el ahorro a los obreros bajo la dominación capitalista (puesto que afianzaba el régimen del salario):



"Lo lógico –afirmaba el órgano de las sociedades de resistencia en mayo de 1901- hubiera sido que los trabajadores, antes de pensar en el socorro mutuo, hubieran tomado medidas tendientes a mejorar las condiciones económicas del trabajo, es decir, aumento de salario y disminución de las horas de trabajo, mientras llegan a su completa emancipación política, social, económica y religiosa.

Pero esos trabajadores [mutualistas] proceden sin lógica; admiten en principio lo inadmisible, esto es, el socorro mutuo, cuando lo esencial es asegurar la estabilidad del salario y acortar la jornada del trabajo viniendo como complemento el ahorro (22).

Los trabajadores debían abandonar las mutuales que mataban "la poca energía revolucionaria" de las colectividades obreras y cobijarse "bajo el rojo estandarte de los oprimidos" (23). Continuar formando sociedades de socorros mutuos –como pretendían hacerlo un grupo de mecánicos santiaguinos a comienzos de 1903- era desperdiciar la fuerza obrera "de un modo miserable" y seguir dando "ejemplos de esclavos sumisos". Los libertarios proponían como alternativa inmediata la creación de sociedades de resistencia para defender a los obreros de la explotación y los malos tratos (24). Esteban Cavieres, al cabo de algunos años de experiencias, decía que su misión consistía en:

[...] "unir a todos los gremios de trabajadores para imponer a los capitalistas la jornada de trabajo y la tarifa de salarios y reclamar que se reconozca al trabajo como capital productor, es decir, que tengan los trabajadores opción, a lo menos, al cincuenta por ciento de la ganancia líquida que obtuvo el capitalista en el taller, fábrica o hacienda, y si los patrones o jefes se negaren a aceptar estas justicieras peticiones, los trabajadores, por su parte deben negarse a seguir trabajando, deben declararse en huelga y por ese

eficaz medio contener todos los abusos que se presenten" (25).

Las sociedades de resistencia –sin abandonar los tradicionales objetivos de ilustración y regeneración popular- nacieron para desarrollar la lucha económica de los trabajadores contra los capitalistas y por eso concitaron la animosidad de la clase dirigente y de su aparato estatal. Apoyándose en estas organizaciones los anarcos impulsaron movilizaciones destinadas a elevar la combatividad popular, aun a riesgo de generar cierto nivel de enfrentamiento con esquiroles, guardias blancas, fuerzas policiales y otros organismos represivos. En un comienzo la apología de la violencia de los ácratas fue sólo un discurso que no encontró mayor eco en las masas, como ocurrió en el *meeting* organizado por los obreros de Santiago el 20 de julio de 1898 para pedir a los poderes Ejecutivo y Legislativo medidas para paliar su angustiosa situación económica, ocasión en la que Magno Espinoza, según lo reportado por el Jefe de Seguridad de la policía, al hacer uso de la palabra:

"[...] discurrió sobre la ventaja que habría en emplear la dinamita como medio de hacer valer los derechos populares, pero su intransigencia no alcanzó a perturbar, en esos momentos, la actitud pacífica de los manifestantes que arribaron a conclusiones y se dirigieron al palacio de la Moneda, a ponerlas en conocimiento de S. E. el Presidente de la República, y de ahí a la Alameda a esperar la comisión que debía comunicarlas al honorable presidente de la Cámara de Diputados" (26).

Pero poco después, en varias movimientos obreros de los primeros años del nuevo siglo, los libertarios tuvieron la oportunidad de poner en práctica con mejores resultados sus discursos acerca de la acción directa, la violencia y el enfrentamiento sin mediaciones entre patrones y trabajadores.

En 1902 se inició un ciclo de movilizaciones populares que se extendería con algunos altibajos hasta fines de 1907. Según Peter De Shazo, los anarquistas lideraron diez de las trece huelgas que se produjeron en Santiago durante el bienio 1902-1903, valiéndose para ello de las sociedades de resistencia que lograron arrastrar al conjunto de los trabajadores de sus respectivos gremios (27). Una revisión parcial de estos movimientos nos sirve para captar los fenómenos que nos interesa observar.

La primera de esas huelgas estalló entre los ferroviarios en marzo de 1902 para rechazar la pretensión gubernamental de imponer a los obreros metalúrgicos del ferrocarril de Santiago a Valparaíso cuatro horas extra los días sábado sin aumento salarial. Las sociedades de resistencia dirigidas por Esteban Cavieres desencadenaron el movimiento de protesta en ambas ciudades, produciéndose un breve enfrentamiento con la policía cuando los manifestantes santiaguinos trataron de apedrear las oficinas del diario El Mercurio. Los trabajadores vieron coronada su huelga con la victoria, obteniendo la reposición del "sábado inglés"(28).

Algunas semanas más tarde los ácratas tuvieron oportunidad de aplicar sus principios de lucha social combativa en el gremio de los tranviarios santiaguinos. El momento fue bien escogido ya que la reciente alza de tarifas decretada por la empresa de tranvías había despertado un rechazo generalizado en la opinión pública. Poco tiempo antes se

había constituido una sociedad de resistencia dirigida por militantes libertarios que habían comenzado a elaborar un pliego de peticiones en el que se incluían junto a reivindicaciones salariales, la exigencia de eliminación del sistema de multas impuesto por la empresa. El robo de los registros de los miembros de la sociedad de resistencia perpetrado, al parecer, por agentes de la policía que entregaron esa información a la compañía, dio origen a una serie de despidos entre quienes figuraban en las listas sustraídas. Al anochecer del 27 de marzo una asamblea del gremio decidió la paralización de labores mientras no fueran repuestas en sus trabajos las personas licenciadas. También solicitó la abolición del sistema de multas; jornales de $80 para los maquinistas y de $60 para los cobradores y cobradoras; pagos el primer día de cada mes y 9 horas de trabajo diarias como máximo. Como la empresa no aceptó las demandas y reemplazó a una parte de los trabajadores en paro, poniendo en lugar de los conductores a mecánicos y en el puesto de los cobradores a algunos muchachos empleados en la maestranza, los huelguistas atacaron al personal de emergencia quitándoles el dinero y los manubrios de los motores (29).

La intransigencia patronal endureció las acciones de los tranviarios, que se movilizaron para impedir la circulación de los carros. La policía se vio obligada a colocar un guardián en cada tranvía. Según los partes emitidos por este cuerpo de seguridad, el 28 de marzo se registraron numerosos incidentes protagonizados por los huelguistas que demostraban una sorprendente radicalidad en los métodos de lucha. Así, el maquinista Ricardo Pavez habría chocado premeditadamente su carro contra otro; el maquinista Genaro Torres y la conductora Irene Campos fueron aprehendidos por haber intentado asaltar un tranvía en la Plaza de Armas; la misma suerte corrieron Daniel Vargas y Juan M. Pinto por cometer desórdenes en la vía pública e intentar impedir el tránsito de las góndolas en calle San Pablo, José A. Falcón y Gumersindo González, acusados de asaltar un coche de la línea San Pablo, causándole varios destrozos, y el maquinista Luis A. Cobla por andar en estado de ebriedad por la Alameda azuzando al público para atacar los tranvías. Consecuencias más graves tuvo el asalto a la góndola N° 8 efectuado al anochecer de ese día por un grupo de personas que lanzaron pedradas dejando herido al policía que la custodiaba. Cuatro disparos al aire de su carabina fueron la reacción impotente del guardián (30).



Al día siguiente se celebró un meeting en el Teatro Erasmo Escala al que asistieron además de los huelguistas (contándose numerosas cobradoras) representantes de casi todos los gremios obreros, entre ellos algunas instituciones de clara orientación anarquista como la Federación de Obreros de Imprenta y la Casa del Pueblo. Según La Ajitación, este movimiento de solidaridad alarmó a la burguesía haciendo que sus agentes de la policía secreta ocasionaran desórdenes para tener un pretexto para apresar y reprimir a los huelguistas. Las provocaciones de estos individuos y las arbitrariedades cometidas por la policía uniformada habrían sido la causa de la violenta reacción de los obreros. El pueblo había sido sableado y entre las decenas de detenidos se contaban los ácratas Temístocles Osses, Alejo Guzmán y Luis A. Soza (31).

Ya fuese por la intervención de provocadores policiales o por las acciones

violentas de los huelguistas, lo cierto es que el conflicto se endureció. El 30 de marzo la Prefectura de Policía de Santiago publicó una orden del día en la que recomendó a sus hombres "el mayor tino, discreción y energía" para evitar y reprimir los ataques y desórdenes. En su parte más dura, la referida a la vigilancia policial de los tranvías para evitar los ataques, se disponía que:

"En consecuencia, los guardianes destinados a la custodia de las plataformas de los carros resistirán con toda energía cualquier ataque al vehículo o las personas, y si fuese necesario, harán uso de sus armas si el ataque fuere a mano armada y después de intimar por dos veces a los asaltantes para que se retiren. Se les previene, además, la obligación de vigilar al maquinista para impedir que alguno abandone su puesto llevándose el manubrio o la palanca durante el viaje del carro" (32).

Así, cuando al anochecer del domingo 31 de marzo se realizó un gran *meeting* en la Alameda al que concurrieron varios miles de trabajadores, los ánimos estaban tan caldeados que un pequeño incidente –una pedrada en las ancas de un caballo policial en las cercanías de La Moneda- transformó la manifestación en una batalla campal en la que, según el órgano de prensa anarquista, los agentes de la policía actuaron con saña y brutalidad extrema sableando a diestra y siniestra a la muchedumbre:

"Un obrero que escapaba fue perseguido por diez polizontes y un galoneador, los once con el sable desnudo iban detrás del hombre que para escapar al furor de las hachas que con salvajismo se alzaban sobre su cabeza, se refugió en una cantina situada en la Alameda, próxima a la calle Nataniel. En la puerta de aquella se encontraba una señora con dos niños de corta edad. La soldadesca en vista de que no cabían montados por la puerta de la casa donde había penetrado la presa que trataban de devorar, abandonaron sus cabalgaduras, y la horda se abalanzó al interior de la casa atropellando a su paso a los dos pequeñitos que quedaron tendidos en el pavimento dando gritos de horror. La señora que estaba con ellos fue estrellada en el mostrador del negocio, resultando con una herida en la cabeza.

A los pocos instantes los once *héroes* salían victoriosos con su presa del domicilio violado.

Esta es una de las muchas escenas que han tenido lugar en estos días.

"[...]Otro acto de crueldad salvaje que presenciamos fue el de un soldado que perseguía a una señora, y que habiéndole dado alcance, la quiso ultimar con su sable, alcanzando a introducir en uno de sus muslos como diez centímetros de su acero, a pesar de que los mismos jefes horrorizados ante tanto salvajismo, le gritaban que abandonara su presa" (33).

A pesar de la derrota de la huelga de los tranviarios, para los libertarios la experiencia y las lecciones ganadas por el pueblo eran un saldo positivo que había que aprovechar. Aleccionando a las masas, *La Ajitación* concluía respecto de las organizaciones políticas que pretendían arrogarse la representación del pueblo:

"Esperen ahora, los heridos y los vejados por la gendarmería que sus representantes del Congreso levanten la voz para protestar del tratamiento de que han sido objeto;

esperen porque es muy lógico que esos *señores* que han ido a aquel sitio a velar por los intereses del pueblo protesten cuando se ha hecho correr la sangre de éste sin causa que lo justifique; esperen, y si esa reparación no llega, pregúntenles a esos que se *sacrifican* por ustedes en los sillones del Parlamento, cuando dentro de poco vayan a solicitar vuestro voto para volver a tomar su papel en la eterna comedia parlamentaria; pregúntenles que garantías han obtenido para que en lo sucesivo no se vean expuestos a ser asaltados sable en mano, de día y a trescientos metros del palacio donde reside la cabeza visible del poder" (34).

Igualmente duras eran las enseñanzas sobre la Patria, el Estado y las autoridades de gobierno:

"En esta ocasión se han acabado de convencer los obreros para qué sirven los ejércitos y las policías. Hoy han visto una vez más lo que es la Patria y lo que es orden de gobierno. No se olvidarán de que en cada tranvía iban dos esbirros custodiando los intereses de los capitalistas, que una de las autoridades llegó a ofrecer la policía para desempeñar el puesto de los huelguistas, que la Patria en vez de venir en su auxilio tenía a sus hombres acuartelados y con el plomo dispuesto para sepultarlo en el pecho de los hambrientos explotados y que el orden público fue hacia ellos, pero para acallar a golpes de puñal el justo grito de protesta que levantaban contra sus opresores.



Y hay que repetirlo muy alto: las autoridades han querido sofocar por la fuerza este movimiento- y de ello no han hecho misterio- creyendo así concluir con el descontento de las clases trabajadoras y evitar que en lo sucesivo se repitan las huelgas. Ello, lo único que testifica es la crasa ignorancia de los que gobiernan. Lo que ha enseñado al pueblo la actitud de la policía es que a los mitins [sic] se debe asistir como se asiste a un campo de batalla. Con actos de salvajismo semejante se hacen muchas víctimas, sin duda, pero también se puede hacer un victimario. No hay que olvidar que la violencia engendra violencia; y que si es temible la de las bestias al servicio del gobierno y de los capitalistas, también es temible la de un pueblo desesperado.

Lo que ha hecho en esta ocasión la autoridad, es agrandar más y más la distancia que divide a la policía de los obreros; donde antes había una barrera, hoy hay un abismo. Lo que antes era aversión o antipatía, es hoy odio, franca y públicamente manifestado.

Así pues, este movimiento no ha fracasado; de él se han deducido muchas enseñanzas, y ya todos los gremios se organizan en sociedades de resistencia, para resistir a los avances del capitalismo.

Los escritores patrioteros, dicen que el pueblo chileno es un león que a veces duerme; pues bien, hoy sacude su melena, y empieza a rugir; si lo exasperan vendrá el ataque.

Para entonces....." (35).

No obstante estas declaraciones triunfalistas, el fracaso objetivo de los tranviarios no fue ignorado por los difusores más lúcidos de "la Idea". Manuel J. Montenegro lo atribuyó a la "falta de orientación de los trabajadores en sus luchas contra el capital", a la

insuficiente solidaridad entre ellos y a la imposibilidad de alcanzar triunfos por las vías legales (36).

Algunos meses más tarde, en junio del mismo año 1902, los libertarios que dirigían la Federación de Obreros de Imprenta, impulsaron una huelga de tipógrafos en Santiago que, según reveló La Ajitación, fue obra de algunos de sus compañeros que la "venían predicando y preparando" desde hacía algún tiempo, logrando "despertar muchas conciencias y ponerlas en acción" (37).

La huelga se inició en varios periódicos y casas editoriales debido al rechazo patronal de un pliego de peticiones que incluía mejoras de salarios y condiciones de trabajo. La Federación de Obreros de Imprenta impidió el abastecimiento de rompehuelgas desde Valparaíso y otras ciudades enviando activistas que solicitaron y obtuvieron la solidaridad de los gremios provinciales. Igualmente fracasaron las tentativas empresariales para reclutar esquiroles entre los trabajadores civiles que laboraban para las fuerzas armadas. Al cabo de una semana el movimiento huelguístico obtuvo la capitulación de todos los empleadores (38).



Esta movilización proporcionó a los anarquistas el marco adecuado para profundizar las críticas que hasta entonces venían desarrollando de manera esencialmente teórica respecto de la acción de las sociedades de socorros mutuos. El presidente y el vicepresidente de la Sociedad Unión de los Tipógrafos y el presidente de la Sociedad de Artes Gráficas fueron acusados por "Senza Patria", colaborador regular de *La Ajitación*, de haberse encerrado en sus talleres y haber hecho "cuanto estuvo de su parte por desbaratar la huelga". El movimiento, según este mismo militante, había culminado con un triunfo relativo de los obreros –en buen romance, puramente moral- debido a las triquiñuelas patronales para anular sus conquistas, especialmente el despido de trabajadores y su inclusión en una lista negra transmitida a otros empresarios del rubro (39).

Cerrando el año, los ácratas apoyaron la huelga de los suplementeros santiaguinos afectados por el alza de un 100% del precio de *El Diario Ilustrado*, que les exigía mayor capital para poder realizar su pequeño comercio. El boicot decretado por el gremio se hizo respetar mediante la fuerza ejercida contra los infractores de la decisión colectiva quienes eran despojados de su mercancía y golpeados por los huelguistas. El triunfo de estos trabajadores –en su mayoría niños y jóvenes- que consiguieron anular el alza, alegró a los ácratas que lo celebraron desde su periódico por ser la encarnación de los métodos de lucha que venían preconizando incesantemente (40).

Las experiencias de 1902 fueron un valioso capital para los anarquistas. Sus lazos con la clase obrera salieron reforzados y sus militantes se foguearon en las luchas sociales más significativas de la región central del país. Los libertarios ya eran capaces de pasar a hechos mayores. Debían estar atentos al surgimiento de una nueva coyuntura favorable para saltar de las huelgas parciales a la huelga general.

La oportunidad se presentó en Valparaíso a mediados de abril de 1903, al iniciarse la huelga de los gremios portuarios y marítimos. Al igual que en la mayoría de los conflictos de esta época, el movimiento reivindicativo de los obreros porteños no fue desen-

cadenado por los anarcos, pero una vez iniciado éstos tuvieron la capacidad de imprimirle su sello y –a ratos- darle conducción de acuerdo con sus postulados más arraigados. Ello fue posible gracias al tesonero trabajo que en años anteriores Magno Espinoza y un puñado de militantes de "la Idea" habían desarrollado en esa ciudad (41).

La huelga comenzó el 15 de abril cuando la compañía de capitales ingleses Pacific Steam Navigation Company rechazó las demandas de sus jornaleros y estibadores que aspiraban, entre otros puntos, a reducir de 12 a 10 horas las jornadas de trabajo, aumentar los jornales y el tiempo para las comidas. El movimiento se extendió rápidamente a otras empresas. A los más de seiscientos hombres de la "Compañía Inglesa" se sumaron un par de días después alrededor de mil trabajadores de la Compañía Sudamericana de Vapores que plantearon las mismas reivindicaciones de quienes los habían precedido. El lunes 20 de abril se declararon en huelga los lancheros y los jornaleros del muelle fiscal (aduana) para apoyar sus propias demandas. La paralización de las faenas portuarias fue casi completa ya que a medida que llegaban a Valparaíso, empezaron a agregarse los tripulantes de vapores que exigían horario fijo de trabajo a bordo, con sobresueldo por horas extras, atención médica en los buques, cancelación de los sueldos impagos y mejor alimentación. Así, a los pocos días de iniciado el primer conflicto, los huelguistas eran más de 4.000, pero las grandes compañías mantenían una cerrada negativa ante las peticiones obreras tratando –y logrando a veces- sustituir a sus trabajadores mediante la contratación de nuevo personal que actuó de rompehuelgas en distintas faenas. A fines de abril comenzaron a producirse incidentes entre los huelguistas y los esquiroles que movieron a las autoridades a redoblar la vigilancia policial en los muelles, el malecón y la bahía para evitar que los huelguistas subieran a los buques a interrumpir las faenas (42).



Hasta entonces la huelga portuaria y marítima tenía un desarrollo "clásico", con características similares a muchos otros conflictos que habían ocurrido en Chile desde el último tercio del siglo anterior. La influencia anarquista solo se percibía difusamente aunque la agitación desarrollada por los libertarios en la capital para promover la solidaridad con los obreros porteños por medio de manifestaciones públicas, era indicio seguro de su apuesta por esa huelga (43). Sin embargo, el giro que tomaron los acontecimientos a comienzos de mayo permitió a los ácratas poner su impronta sobre el movimiento.

Las contradicciones entre los ácratas y otros sectores ya habían aflorado a fines de abril cuando los vaporinos, que habían elegido como su presidente a Magno Espinoza, pidieron a los otros gremios en huelga –estibadores, lancheros y jornaleros de Aduana- la adopción de nuevas medidas para hacer respetar sus derechos. La posición de Espinoza y los vaporinos fue enfrentada directamente por los delegados de los estibadores, José Ramírez y Demetrio Sepúlveda, ambos pertenecientes a la mutual Arturo Prat, quienes intentaban darle una conducción pacífica a la movilización, propiciando el diálogo, la búsqueda de apoyo en políticos o autoridades y manteniendo el movimiento en un ámbito estrictamente reivindicativo. Los anarquistas, en cambio, querían formar una "combinación de sociedades" o "liga de resistencia", hacer triunfar la huelga y valerse

de ella para fomentar la solidaridad de clase y elevar la conciencia de los obreros. Magno Espinoza –que ya estaba residiendo nuevamente en Santiago- se desplazó en varias oportunidades entre la capital y Valparaíso, para participar directamente en la huelga y para impulsar la solidaridad. En ausencia de éste, y cada vez más a medida que pasaban los días, la conducción de los anarcosindicalistas vaporinos fue asumida por Ignacio Mora. Un *meeting* realizado en la Plazuela de la Estación Central de Santiago en el que hicieron uso de la palabra Esteban Cavieres, Marcos Yáñez y Magno Espinoza, sirvió para amplificar el eco de la huelga porteña entre los sectores populares de la capital (44).

Pocos días más tarde, en la noche del 4 de mayo se realizó una manifestación organizada por los vaporinos en la Avenida Brasil de Valparaíso. En esa ocasión el infatigable Espinoza exhortó a los trabajadores a no cejar en su lucha hasta la obtención de sus demandas. Dos anarquistas, supuestamente extranjeros, llamaron a echar a pique los buques de las compañías, incendiar sus edificios y destruir todas sus propiedades. Magno Espinoza arengó nuevamente a los huelguistas reiterando la convocatoria a la acción directa y la decisión de ir hasta el sacrificio supremo:

"No debemos trepidar un momento, antes que rendirnos a los patrones debemos preferir que nuestros pechos sean atravesados por las bayonetas, y en los momentos que estemos en la agonía, gustaremos el placer de ver como arden los edificios de nuestros tiranos y como se arremolina el agua al hundirse los vapores de las compañías que hoy nos oprimen" (45).

Según Jorge Iturriaga, la intervención de Espinoza fue clave ya que instó a los obreros a tomar conciencia de la reacción patronal más allá de las compañías involucradas, les advirtió sobre las dimensiones del antagonismo entre patrones y obreros y llamó a la acción directa, recurriendo a la fuerza para acabar con la opresión. Y uniendo la acción a la palabra encabezó un desfile de repudio al diario *El Mercurio*, la imprenta de *El Chileno* y la familia Lyon, propietaria de una de las más grandes compañías navieras. Magno Espinoza y sus camaradas fueron capaces de revitalizar una huelga que languidecía. A pesar de ser apenas un puñado de hombres, los libertarios proporcionaron a los huelguistas un diagnóstico claro y preciso de la situación y con fe y audacia tomaron las riendas del movimiento (46).

Desde entonces las dos vías propuestas a los trabajadores se distinguieron cada vez más nítidamente. El domingo 10 de mayo los estibadores, lancheros y jornaleros de Aduana liderados por los mutualistas convocaron a un *meeting*, y los vaporinos bajo conducción ácrata a otra manifestación que resultó ser mucho más numerosa que la precedente (47).

El 12 de mayo se produjo la jornada más violenta y decisiva de todo el conflicto. Aunque muchos trabajadores ya habían puesto sus esperanzas en una comisión arbitral nombrada con el aval de las autoridades, en la madrugada de ese día numerosos grupos de gente pobre empezaron a bajar desde los cerros al centro de la ciudad respondiendo a un soterrado llamado de los huelguistas. Al clarear el día ya eran miles los manifestantes que lograron impedir el trabajo de los rompehuelgas a pesar de la

vigilancia de la policía. A partir de las 9 de la mañana empezaron a sucederse incidentes que irían *in crescendo* durante la jornada: ataques y saqueos a locales comerciales, enfrentamientos de pobladas con la policía, ataques a *El Mercurio* que fueron duramente rechazados por su personal en armas, incendio del local de la Compañía Sudamericana de Vapores, saqueo y destrucción de mercaderías en el malecón. La represión ejercida por los cuerpos armados estatales fue implacable: al cabo de dos días, los muertos civiles se contaban por decenas, probablemente eran un centenar. La policía, por su parte, lamentaba 32 heridos de cierta consideración, uno de los cuales fallecería posteriormente (48). Al día siguiente de estos luctuosos acontecimientos, los anarquistas de Santiago conducidos por Marcos Yáñez y Magno Espinoza –recién llegado desde Valparaíso-, convocaron a los obreros a un *meeting* de solidaridad con sus compañeros porteños. Alertado por los servicios policiales, el Ministro del Interior ordenó al jefe de la Policía de Seguridad la detención de Espinoza, quien fue a parar, una vez más, a la cárcel. Según un diario católico conservador:

"La orden se cumplió con protestas del anarquista, que en alta voz pedía que se le exhibiera la orden de arresto respectiva emanada de autoridad competente.

Sus protestas fueron desoídas y, como decimos, se le condujo preso.

Con esta prisión se mostraron ya los principios de un movimiento que bien podía degenerar en conflicto.

A las seis y media de la tarde, numerosos obreros se reunieron en la Plazuela de la Estación Central de los Ferrocarriles, con el objeto de protesta de la actitud de las autoridades tanto en Santiago como en Valparaíso.

Ocupó la tribuna el orador exaltado Marco A. Yáñez, y con palabras de fuego condenaba los procederes [sic] de la autoridad, representada allí por un oficial de la 7ª sección de Policía; ésta protestó también de la protesta anárquica en su contra, reduciendo a prisión al orador sin dejarlo terminar su discurso.

Yáñez se opuso; pero la fuerza armada lo rindió, y sin mayores disturbios fue también al cuartel de policía" (49).



Los libertarios santiaguinos respondieron a la medida de fuerza de la autoridad organizando otra manifestación al atardecer del 14 de mayo en la Plazuela de la Estación Central de ferrocarriles. Según el mismo periódico, cuando la hora esperada llegó por fin:

"La turba, perdida entre la neblina que envolvía a la ciudad, invadió en ese momento los contornos de la Plazuela.

Los oradores no tardaron en ocupar la tribuna uno tras otro, condenando todos la actitud del Gobierno en los sucesos luctuosos acaecidos últimamente en Valparaíso.

Hablaron cuatro, y entre ellos, la esposa del anarquista Magno Espinosa, quién, extendiéndose sobre la prisión de su esposo, la calificó de medida arbitraria tomada por la autoridad.

Las protestas fueron unánimes y a las diez y media la turba, ya en desorden, comenzó a avanzar por la Alameda de las Delicias, lanzado gritos de reproches y ¡mue-

ras! al Gobierno y ¡abajo *El Mercurio*!, diario que de vez en cuando, solía verse levantado en la punta de los bastones y ardiendo.

La actitud ya desordenada obligó a la policía, que convenientemente armada y en gruesas filas, seguía a los exaltados por ambos lados de la Alameda, a tener que resguardar los tranvías, cuyo servicio hubo un instante en que se vio paralizado.

El centro de la ciudad, hasta horas avanzadas de la noche, fue recorrido por fuerza armada de caballería. En la calle de Bandera se situó un grueso pelotón de guardianes, frente al palacio del Congreso Nacional.

*El Mercurio*, ante las manifestaciones de que había sido objeto, comprendió que peligraba y solicitó el auxilio de la fuerza pública, concediéndose 50 hombres, que se apostaron, rifle en mano, en la puerta principal.

La masa, que a las diez y media había emprendido su marcha hacia el centro, en completo desorden, quebrando faroles y lanzando piedras, era compuesta por esos momentos de tal vez más de cuatro mil personas.

Al llegar al Portal Edwards hubo exclamaciones ridículas.

Custodiados siempre por gruesas filas de guardianes montados, llegaron a la estatua de San Martín, donde se detuvieron, repitiendo manifestaciones hostiles.

Hubo un momento en que la exaltación y el desenfreno llegó a su colmo. Las turbas se armaron de palos en el arco que en ese punto se construye para la recepción de los marinos brasileros y amenazaron echar abajo el arco" (50).

Luego de otras demostraciones menores, la multitud se dispersó bajo la presión de la policía y desde entonces cesaron las protestas callejeras por los acontecimientos de Valparaíso. Algunos meses más tarde, la comisión arbitral resolvería dar satisfacción a la mayoría de las peticiones de los gremios en huelga (51).

¿Cuál fue el saldo de esta gran prueba de fuerza para la corriente libertaria?

Los principales líderes anarquistas presentes en la huelga –Magno Espinoza, Ignacio Mora, Luis A. Pardo y Federico Orellana- salieron muy prestigiados ante vastos sectores de la clase obrera. La orientación y decisión que ellos y sus compañeros le imprimieron al movimiento fue un factor muy importante en la victoria de los trabajadores. Sin embargo, a la hora del balance los apóstoles de "la Idea" no cayeron en el triunfalismo. No sólo porque el costo de vidas humanas había sido enorme sino también -y sobre todo- porque la solución al conflicto –un arbitraje con participación de los poderes públicos- distaba mucho del esquema anarquista de confrontación directa entre opresores y oprimidos. La mediación de personajes como el diputado demócrata Ángel Guarello era algo que repugnaba a los ácratas, que vieron con desagrado como el Estado y los políticos tendían puentes hacia el mundo popular. Durante el desarrollo de la huelga portuaria los anarcos no habían escatimado críticas a los dirigentes mutualistas y a las inclinaciones conciliadoras y legalistas de muchos obreros, a la confianza que éstos depositaban en los políticos e instituciones estatales. Cuando a comienzos de mayo el movimiento parecía languidecer, los libertarios que editaban en Santiago el periódico *La Ajitación*, habían advertido a los trabajadores:

"El fracaso de esta huelga se deberá, a nuestro parecer, únicamente al extremado legalitarismo [sic] de que se encuentran afectados los huelguistas, a causa de la intromisión de algunos diputados que en este, como en todos los casos han tratado sólo de atar las manos al obrero con su respeto a la propiedad" (52).

Y algunas semanas más tarde, antes que la comisión arbitral emitiera su fallo, desde las páginas del mismo órgano de prensa se alertó a la gente de mar respecto del "sabroso maná" que éstos esperaban recibir de los árbitros:

"Deseamos que les sea indigesto y que no se olviden del fruto que se saca con el arbitraje, sobre todo cuando los miembros que lo componen han salido de las filas de los mismos verdugos: experiencia" (53).

En lo inmediato, los libertarios salieron reforzados en sus convicciones y decididos a persistir en su línea de organización autónoma de los trabajadores. Como dijo Carmen Herrera, mujer de Magno Espinoza, en un meeting realizado en Santiago el 14 de mayo cuando su esposo sufría un nuevo encarcelamiento: "a todos los defensores del pueblo les pasará lo mismo si no se organizan para la defensa y la propaganda" (54).



El marcado descenso de la actividad anarquista que se produjo a partir de 1904 en el centro del país trajo como consecuencias la virtual desaparición de la prensa y de las organizaciones animadas por esta corriente. Una significativo núcleo de experimentados militantes emigró hacia la región del salitre para intentar difundir y enraizar su doctrina en esas tierras. Como último reducto de un trabajo mínimo en el centro del país se mantuvieron iniciativas como el Centro de Ilustración Amor y Libertad y los centros de estudios sociales Germinal y La Luz. Paralelamente, en Casablanca apareció el periódico *Tierra y Libertad* y en el sur, en la zona de La Frontera, en una actividad que ha sido calificada de "marginal", un grupo de jóvenes intentó formar una colonia libertaria (55).

De este modo, hasta mediados de 1905 la corriente anarquista evidenciaba un serio aletargamiento en la capital. Pero en vísperas del Día Internacional de los Trabajadores los prosélitos de "la Idea" empezaron a levantar cabeza. El 30 de abril Luis A. Pardo y Michel Lombartochi arengaron a unos 300 manifestantes, lanzando fuertes críticas contra el Presidente de la República, el Ejército y la policía. Al día siguiente, informó el jefe de la policía, ante una multitud más numerosa, los oradores ácratas pronunciaron "numerosos discursos incendiarios en que se proclamaron las doctrinas anarquistas más avanzadas, incitándose al pueblo a cambiar con las armas la forma de Gobierno y a hacer el reparto de los bienes, y dar de pedradas y balazos las autoridades pero especialmente al Prefecto de Policía y otros jefes" (56). En el segundo semestre de ese año comenzaron a rearticularse las sociedades de resistencia, especialmente a partir de septiembre con la reaparición de la Federación de Carpinteros y Ramos Similares (57). Y aunque la reactivación continuó durante el resto de ese año y comienzos del siguiente, cuando en octubre de 1905 la "huelga de la carne" -gran manifestación popular contra el impuesto a la internación de ganado argentino- se transformó en la "semana roja" de Santiago, los anarquistas se vieron sorprendidos por la magnitud del movimiento debiendo

sumarse a la carrera, ya que la convocatoria emanó desde las mutuales y organizaciones consideradas como "amarillas" y retardatarias por los ácratas (58). Alejandro Escobar y Carvallo, confesaría más tarde la total ausencia de los libertarios en la gestación de ese movimiento de protesta popular:

"Aunque habíamos acostumbrado al pueblo a enseñorearse de la calle y éramos los capitanes reconocidos de la multitud proletaria, no tuvimos, sin embargo, participación ninguna en la organización del comicio mencionado. No comulgábamos con las sociedades mutualistas, por considerarlas reaccionarias" (59).

Si bien es muy difícil determinar con exactitud la influencia que los anarcos tuvieron en el giro que tomaron los acontecimientos –de pacífica protesta a violenta asonada popular-, todo parece indicar que en un contexto de espontaneidad generalizada de la multitud, actuaron algunos núcleos organizados, probablemente ácratas, especialmente en gremios como los tranviarios y ferroviarios, tratando de impulsar combativas "acciones directas" contra las fuerzas represivas del Estado y algunos símbolos del capital (60). Años más tarde, a raíz de un proceso por un atentado contra un convento en Santiago, algunos anarquistas como Luis A. Pardo y Laureano Carvajal declararon haber estado involucrados en los sucesos de octubre de 1905, sin precisar mayormente en qué consistió su participación (61). Alejandro Escobar y Carvallo aseveraría en sus memorias que durante la jornada del 22 de octubre se colocó a la cabeza de un puñado de ácratas que encontró casualmente en las calles, pero su labor no estuvo destinada a orientar la violencia de las masas sino a persuadirlas a retirarse, a fin de evitar una masacre inútil (62). Ningún vocero del anarquismo reivindicó para su corriente alguna influencia en ese episodio de ira y protesta popular. Y tres años después de esos acontecimientos, encontramos en *La Protesta* el testimonio de dos militantes libertarios, que confirman el carácter espontáneo del comportamiento de la multitud. Según Patricio Tovar, el movimiento no había tenido una dirección anarquista o socialista:

"Ahora bien: si hubiera sido un movimiento organizado y dirigido como se ha dicho, aunque hubiesen estado todas las fuerzas en la capital, no habría tenido la manifestación las fatales consecuencias que todavía lamentamos.

En primer lugar, no se habrían puesto masas de proletarios indefensos, oponiendo el blanco de sus pechos al plomo mortífero. A falta de armas bélicas para descentralizar y debilitar al enemigo, se habría empezado a la luz del día, en distintos barrios burgueses y a la vez, por incendiar las escribanías con los protocolos de la Propiedad, los palacios de justicia, cuarteles y arsenales, los palacios de los principales magnates, conventos, monasterios y toda clase de nidos donde se guarecen esos bichos.

También se habrían tomado las medidas de abandonar la higiene en los barrios burgueses, cegando las cloacas y desbordando los cauces con todos sus perfumen [sic]. La obstrucción del agua potable y del alumbrado, y principalmente el sitio por el hambre, impidiendo el diario repuesto de víveres en la ciudad.

Para evitar el traslado rápido de tropas, cortar toda comunicación, cortando los

postes y alambres de transmisión, como también los puentes y rieles del Ferrocarril.

[...]

¿Pudo ser preparado este movimiento donde el pueblo no atinó a proveerse, siquiera por una vez, de tantos artículos que él ha fabricado y carece de ellos? ¿Pensó por acaso en conquistar alguna libertad más para él, cuando ni intentó devolverles la libertad a los que gimen justa o injustamente en las cárceles y presidios?" (63).

Otro de sus camaradas remachó en esa ocasión que la revuelta popular del 23 de octubre de 1905:

"[...] no fue [...] el producto de un plan meditado –para cuya ejecución precisa contar con un pueblo siquiera a medias lúcido- y con alcances de reivindicación consciente, no; fue solo el estallido espontáneo, perfectamente natural, de una situación de angustias económicas y de expectativas burladas, que el pueblo trabajador e indigente venía soportando con toda paciencia desde algunos años.

Es por esto que aquello fue solo una llamarada, la simple explosión de un poco de pólvora al contacto con un fósforo. Duró lo que el alumbramiento de un relámpago" (64).



## Conclusiones

En los primeros años del siglo XX el anarquismo chileno mostró sus potencialidades, pero también sus limitaciones. En el momento de la lucha de clases desatada, la acción directa y el combate sin cuartel, los libertarios eran generalmente los más decididos. Sólo ellos habían sido capaces de sacar del marasmo un movimiento como la huelga portuaria de 1903 y darle una conducción que culminó –mediante un gran costo humano- con resultados más que aceptables para los obreros.

La prédica de la violencia –que no fue unívoca en los discursos y exhortaciones ácratas- o por lo menos la incitación a la acción directa, el boicot y el sabotaje, se entrelazaba con la negativa a reconocer al Estado como un interlocutor y con la opción por una estrategia de lucha de clases sin intermediarios. Si bien los anarcos chilenos se esforzaron por llevar a la práctica estos principios en las luchas obreras de comienzos del siglo XX, es evidente que no lo consiguieron con la masividad, consistencia y profundidad que sugerían sus discursos más radicales. Tal vez esto no fue el resultado de la "inconsecuencia" o incapacidad de los portadores de "la Idea" sino, principalmente, del marco cultural y político en que venía desarrollándose desde mucho tiempo el movimiento popular, muy poco proclive al uso de la violencia como estrategia de lucha consciente y permanente. El anarquismo comenzaba a echar raíces justo en el momento en que los inorgánicos motines peonales cedían el paso a las huelgas y manifestaciones del movimiento obrero organizado, una de cuyas características más notables y persistentes sería, precisamente, la "economía de la violencia", esto es, su uso limitado, dosificado y excepcional (65).

En todo caso, la política de acción directa y de negativa al diálogo con los representantes de la institución estatal -emparentada probablemente con la concepción

religiosa que los ácratas tenían de sus doctrinas (66)- obtuvo ciertos éxitos mientras la represión frente a las demandas sociales fue la respuesta más frecuente y visible de la elite dirigente y el Estado a la "cuestión social". Durante ese período -que coincide con el de los primeros tiempos del anarquismo en Chile-, la táctica libertaria de "clase contra clase" pareció responder relativamente bien a las necesidades inmediatas de muchos trabajadores. Pero la política libertaria adolecía de una debilidad congénita que quedaría plenamente en evidencia años más tarde, cuando la política, la cooptación, los acuerdos y compromisos reemplazaron a la represión brutal como estrategia principal de control social de la clase dominante.

Incluso en el temprano período abordado en este artículo, al llegar la hora de la política, la negociación, el diálogo y el arbitraje, los anarcos eran sobrepasados por aquellos –como los demócratas- cuya ideología no rechazaba por principio la mediación, las concesiones y los arreglos parciales. Cuando había que combatir en las calles para ejercer presión sobre los patrones y autoridades, numerosos trabajadores reconocían el liderazgo de los libertarios, pero en el momento de obtener ventajas concretas y de afirmarlas mediante treguas, pactos, acuerdos o convenios con sus enemigos de clase, la masa obrera no despreciaba en lo absoluto –muy por el contrario- la labor mediadora de demócratas y de figuras de la elite. La mayoría de los trabajadores no podía compartir el rechazo de principio de los anarquistas hacia las mejoras obtenidas por medio de reformas legales o gracias a la instauración de mecanismos de conciliación y arbitraje (67).

"Antes que bandera política -decían a comienzos de 1900 los libertarios que se expresaban a través de *La Campaña*-, los obreros debemos izar bandera económica, organizándonos, *por ahora*, en sociedades gremiales de resistencia y fundando cooperativas de consumo" (68). ¿Y después? Después venía la huelga general revolucionaria. El problema era que entre la huelga –parcial o total- y el triunfo de la causa no había una mediación clara, un objetivo nítido, realista y atractivo que proponerle al pueblo. En ello residía la principal falencia del anarquismo. Pero a comienzos del siglo XX en Chile pocas personas en el movimiento obrero y popular eran capaces de percibir esta cuestión. Por lo demás, las alternativas de las otras corrientes que competían con "la Idea", tampoco podían asegurar resultados beneficiosos para los trabajadores. Había que persistir. Los anarcos habían conquistado un prestigio en los medios populares que podía seguir acrecentándose. En las luchas de los años que vendrían se pondría a prueba su capacidad para cosechar sus frutos. ◆

1 Ver, entre otros: Claudio Rolle Cruz, *Anarquismo en Chile 1897-1907*, Memoria para optar al grado de Licenciado en Historia, Santiago, Pontificia Universidad Católica, 1985; Eduardo Míguez Meza y Álvaro Vivanco Huerta, *El anarquismo y el origen del movimiento obrero en Chile 1881-1916*, Memoria para optar al título de Profesor de Estado en Historia y Geografía, Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso, 1987; Gustavo Ortiz y Paulo Slachevsky, *Un grito de libertad. La prensa anarquista a principios de siglo, 1897-1907*, Santiago, memoria para optar al título de Periodista, Universidad de Chile, 1991; Igor Goicovic Donoso, "El discurso de la violencia en el movimiento anarquista chileno (1890-1910)", en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, N°7, Santiago, 2003, págs. 41-56. Agradezco a este

autor la gentileza de darme a conocer el manuscrito antes de su publicación.

2 Alejandro Escobar Carvallo, "El movimiento intelectual y la educación socialista", en *Occidente*, N°123, Santiago, mayo-junio de 1960, pág. 8; Fernando Santiván, *Memorias de un tolstoyano*, Santiago, Zig-Zag, 1963, *passim*; Rolle, *op. cit.*, págs. 54-62.

3 *Ibid.*

4 Existen numerosísimas fuentes que exponen las visiones de sociedad del anarquismo. De sus principales pensadores iniciales, véase, a modo de ejemplo: Jean-Jacques Proudhon, *Système des contradictions économiques ou philosophie de la misère*, 2 vols., París, Guillaumin, 1846; Piotr Kropotkin, *La conquista del pan*, Editorial Lux, Santiago, 1922 y *Paroles d'un revolté*, París, Flammarion, 1978; Mijail Bakunin, *Escritos de filosofía política*, 2 vols., Madrid, Editorial Alianza, 1978. Una interesante selección de textos acompañada de un estudio preliminar se encuentra en Irving L. Horowitz, *Los anarquistas*, 2 vols., Madrid, Alianza Editorial, 1975. Por su parte, Claudio Rolle expone una visión sintética acerca del pensamiento de las vertientes europeas del anarquismo decimonónico, tanto de sus puntos comunes como acerca de sus divergencias. Rolle, *op.cit.*, págs. 2-18.

5 Magno Espinoza, "Prosiguiendo", *El Ácrata*, Santiago, 1 de febrero de 1900.

6 "El derecho al sufragio", *La Ajitación*, 10 de febrero de 1903.

7 "De marzo", *El Ácrata*, Santiago, 1 de marzo de 1900.

8 "La Anarquía", *Luz y Vida*, Antofagasta, mayo de 1909.

9 I. Muñoz, "Hacia allá", *Luz y Vida*, Antofagasta, julio de 1908.

10 Experiencia analizada en nuestro trabajo en preparación, *La alborada de "la Idea" en Chile. Los anarquistas y el movimiento obrero, 1893-1914*.

11 Luis Olea, "Estracto. De la refutación al artículo de A. Déster, que bajo el rubro 'La Religión de un cobarde', publicó *La Tarde* del 11 de febrero", *La Tromba*, Santiago, 1ª semana de marzo de 1898.

12 A. C., "A los obreros", *El Ácrata*, Santiago, 1 de julio de 1900.

13 "Movimiento revolucionario", *El Ácrata*, Santiago, 1 de marzo de 1900.

14 Agustín Saavedra, "Sobre huelgas", *La Ajitación*, Santiago, 10 de septiembre de 1903.

15 *Ibid.*

16 René, "La violencia", *Jerminal*, Santiago, 28 de abril de 1904.

17 "La violencia anarquista", *La Campaña*, Santiago, septiembre de 1900.

18 Manuel J. Montenegro, "Replicando", *La Campaña*, noviembre de 1900.

19 Un amplio desarrollo de estos temas en Sergio Grez Toso, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, Santiago, Ediciones de la DIBAM – RIL Editores, 1998, págs. 553-620 y 705-750 y "Transición en las formas de lucha: motines peonales y huelgas obreras en Chile (1891-1907)", en *Historia*, vol. 33, Santiago, 2000, págs. 141-225.

20 Según Héctor Fuentes, los medios o "vehículos" del anarcosindicalismo en Chile fueron "la organización [de los trabajadores] por rama productiva, la afiliación a sociedades de resistencia (organizaciones típicamente anarcosindicalistas), la búsqueda de formas de organización superior (Federaciones) y la acción directa en sus formas de: boicot al accionar patronal y gubernamental, acción social y la huelga parcial o total". Héctor Fuentes M., *El anarcosindicalismo en la formación del movimiento obrero. Santiago y Valparaiso 1901-1916*, Santiago, tesis para optar al grado de Magíster en Historia, USACH, 1991, pág. 126.

21 "Nuestro propósito", *El Siglo XX*, Santiago, 1 de mayo de 1901.

22 "Las sociedades de socorros mutuos i las federaciones de resistencia", *El Siglo XX*, Santiago, 18 de mayo de 1902.

23 *Ibid.*

24 "Movimiento social", *La Ajitación*, Santiago, 3 de febrero de 1903.

25 Esteban Caviedes V., "Las sociedades de resistencia", *La Luz*, Santiago, segunda



quincena de enero de 1902.

26 "El meeting de anteayer", *El Ferrocarril*, Santiago, 22 de julio de 1898.

27 Peter De Shazo, *Urban Workers and Labour Unions in Chile, 1902-1927*, thesis PhD, University of Wisconsin, Madison, 1977. Nuestras referencias han sido tomadas de la versión publicada como libro en: Madison, Wisconsin University Press, 1983, pág. 102.

28 *Op. cit.*, págs. 103 y 104.

29 "Noticias de Santiago. La huelga de los maquinistas y conductores de la tracción eléctrica", *El Mercurio*, Valparaíso, 29 de marzo de 1902; "La huelga de la tracción eléctrica", *La Ajitación*, Santiago, 19 de abril de 1902.

30 *Ibid.*

31 "La huelga de la tracción eléctrica", *op. cit.*

32 "La huelga de los empleados de tranvías", *El Mercurio*, Valparaíso, 31 de marzo de 1902.

33 "La huelga de la tracción eléctrica", *op. cit.* Cursivas en el original.

34 *Ibid.*

35 *Ibidem.* Una carta del Director Consejero de la compañía de tranvías dirigida al Intendente de Santiago para agradecer a las autoridades y a la policía la colaboración prestada durante la huelga, confirma el análisis de los anarquistas respecto del comportamiento abiertamente parcial de los agentes del Estado. En reconocimiento de dicha actitud, el ejecutivo de la empresa de la tracción eléctrica adjuntó a su carta al Intendente un cheque de $1.000 para ser destinado "a incrementar los fondos de cualquiera de las instituciones de beneficencia establecidas en el cuerpo [de policía]", ya que una remuneración directa a la tropa no podía ser aceptada por las disposiciones reglamentarias que la regían. Archivo Histórico Nacional, Fondo Intendencia de Santiago, vol. 218 (Abril de 1902), Carta del Director Consejero de Chilean Electric Tramway Light C° Ltd. al Intendente de Santiago, Santiago, abril 18 de 1902, s.f.

36 "Los hechos se imponen", *La Ajitación*, Santiago, 19 de abril de 1902.

37 "La huelga de tipógrafos", *La Ajitación*, Santiago, 13 de agosto de 1902.

38 De Shazo, *Urban Workeres...*, *op. cit.*, pág. 104.

39 *Ibid.*

40 "Movimiento social. Interior", *La Ajitación*, Santiago, 10 de diciembre de 1902.

41 Grez, *La alborada de "la Idea"...*, *op. cit.*

42 Jorge Iturriaga E., *La huelga de trabajadores portuarios y marítimos. Valparaíso, 1903, y el surgimiento de la clase obrera organizada en Chile*, tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1997, págs. 55-65.

43 "Inútil y perjudicial", *El Diario Popular*, Santiago, 24 de abril de 1903; "En bien propio" y "El meeting de ayer", *El Diario Popular*, Santiago, 25 de abril de 1903.

44 Iturriaga, *op. cit.*, págs. 70-76.

45 Citado en Iturriaga, *op. cit.*, pág. 77.

46 *Op. cit.*, pág. 78.

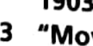
47 *Op. cit.*, pág. 80.

48 *Op. cit.*, págs. 89-100 y 117-119.

49 "Actualidad. Lo de Valparaíso en Santiago", *El Diario Popular*, Santiago, 14 de mayo de 1903.

50 "Lo de Valparaíso en Santiago y en toda la República", *El Diario Popular*, Santiago, 15 de mayo de 1903.

51 Iturriaga, *op. cit.*, págs. 137 y 138; Sergio Grez Toso, "¿Autonomía o escudo protector? El movimiento obrero y popular y los mecanismos de conciliación y arbitraje (Chile, 1900-1924)", en *Historia*, vol. 35, Santiago, 2002, págs. 95 y 96.

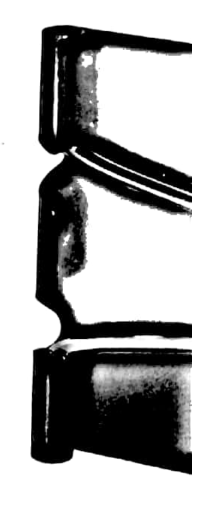


52 "La huelga de la gente de mar en Valparaíso", *La Ajitación*, Santiago, 8 de mayo de 1903.

53 "Movimiento social", *La Ajitación*, Santiago, 21 de julio de 1903.

54 Citado por Iturriaga, *op. cit.*, pág. 139.
55 Míguez y Vivanco, *op. cit.*, pág. 66.
56 Archivo Histórico Nacional, Fondo Intendencia de Santiago, vol. 263 (Mayo de 1905), oficio N°890 del Prefecto de Policía al Intendente de Santiago, Santiago, 2 de mayo de 1905, s.f.
57 "Declaración de principios", *El Alba*, Santiago, segunda quincena de octubre de 1905.
58 Gonzalo Izquierdo Fernández, "Octubre de 1905. Un episodio en la historia social chilena", en *Historia*, N°13, Santiago, 1974, págs. 55-96; Sergio Grez Toso, "Una mirada al movimiento popular desde dos asonadas callejeras (Santiago, 1888-1905)", en *Cuadernos de Historia*, N°19, Santiago, diciembre de 1999, págs. 157-193; *op. cit.*, págs. 157-193.
59 Alejandro Escobar Carvallo, "La agitación social en Santiago, Antofagasta e Iquique", en *Occidente*, N°121, Santiago, noviembre-diciembre de 1929, pág. 5.
60 Grez, "Una mirada...", *op. cit.*, págs. 166-189.
61 "Los anarquistas en Chile", *El Mercurio*, Santiago, 3 de enero de 1912.
62 Escobar Carvallo, "La agitación social...", *op. cit.*, pág. 7.
63 Patricio Tovar V., "Organización y más acción", *La Protesta*, número extra y especial, Santiago, 22 de octubre de 1908.
64 L. Rideau, "Recordemos", *La Protesta*, número extra y especial, Santiago, 22 de octubre de 1908.
65 Grez, "Transición en las formas de lucha...", *op. cit., passim.*
66 Los rasgos de tipo religioso con que el anarquismo revestía sus postulados han sido destacados por Rolle, *op. cit.*, pág. 78.
67 Sobre estos temas, véase, Sergio Grez Toso, "El escarpado camino hacia la legislación social: debates, contradicciones y encrucijadas en el movimiento obrero y popular (Chile: 1901-1924)", en *Cuadernos de Historia*, N°21, Santiago, diciembre de 2001, págs. 119-182. y "¿Autonomía o escudo protector?...", op. cit.
68 "Preparando el porvenir", *La Campaña*, Santiago, enero de 1900. Cursivas en el original.

S.G.



Anexo I

*¡Vergüenza ante el sufragio universal!*

# Cuadernos inéditos: Diario del Segundo Imperio

**Pierre-Joseph Proudhon**

*Proudhon fue encarcelado, desde el 7 de junio de 1849 al 4 de junio de 1852, en la prisión de Sainte Pélagie, París, por un delito de "ofensa al presidente de la República". Es allí donde vive cuando se produce, el 2 de diciembre de 1851, el golpe de Estado en el que triunfó Luis Napoleón Bonaparte. Los cuadernos que escribe concienzudamente en la época -y de los cuales aquí publicamos algunos extractos- muestran su profunda decepción respecto del sufragio universal directo, al que culpa de la instauración del Segundo Imperio. Con una violencia a la altura de su rencor, Proudhon no se decanta ni por un proletariado "imbécil" ni por una burguesía "cobarde" y "codiciosa", a los que sin embargo intentaba reconciliar.*



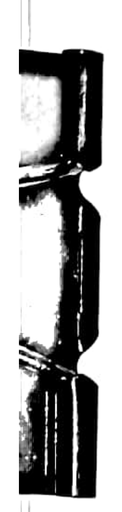
**4 de diciembre de 1851:**

"Me levanto a las 5 y media de la mañana. Tuve un sueño afiebrado, irritante, con intolerables latidos de arterias. La crisis es horrible. (…) Un infame aventurero, elegido por una ilusión popular para presidir los destinos de la República, aprovecha nuestras discordias civiles para destrozar la Constitución, suspender las leyes, expulsar o encarcelar a los representantes, asesinar por medio de sus satélites a aquellos que, resistiendo, cumplen el más sagrado de los deberes; se atreve a exigirnos, con el cuchillo al cuello, la tiranía. París se parece en este momento a una mujer atada, amordazada y violada por un malhechor. Si yo fuera libre, me enterraría bajo las ruinas de la República con los ciudadanos fieles o bien me iría a vivir lejos de una patria indigna de la libertad."

* Artículo inédito.
Traducción: Florencia Giménez Zapiola.

**9 de diciembre de 1851:**
"Pasé una mala noche. La pena me persigue; aprensiones de toda clase me asaltan. En Europa el progreso de las ciencias y de la filosofía ha elevado la elite de espíritus despiertos a un grado extraordinario; las masas no son muy distintas de lo que eran en la Edad Media. Creímos poder captarlas con la razón, los intereses, la dignidad nacional, el amor a la libertad. Nada sirve. Dos tercios de los campesinos creen más en su sacerdote que en su abogado; la fascinación por el emperador Napoleón todavía es tal que ningún razonamiento puede disiparla. El Pueblo es un monstruo que devora a todos sus benefactores y sus liberadores. No hay, como creíamos, un pueblo revolucionario; no hay sino una elite de hombres que creyó que, conmoviendo al pueblo, podía aplicar sus ideas de Bien público. (…) Todo prueba que, en la actualidad, considerar al pueblo el árbitro de su propia salvación es oficiar a la vez de ingenuo y de charlatán.

**15 de diciembre de 1851:**
"Francia ya no es nada: Luis Bonaparte es el vicario de los jesuitas, el brazo de la Iglesia, el más humilde servidor del servidor de los servidores de Dios. (…) Vergüenza a esta nación cobarde, podrida de mercantilismo; vergüenza sus monarquistas absurdos, sus jacobinos bravucones, su burguesía egoísta, materialista, sin fe ni espíritu público, su proletariado imbécil siempre ávido de excitaciones y siempre listo para todas las prostituciones. (…) Vergüenza al clero hipócrita, perjuro, artífice de todas las bajezas y traiciones; vergüenza a este ejército desprovisto de espíritu público, compuesto de bestias feroces que, desde hace 20 años, se sirven de las guerras de África como escuela para matar a los hombres sin piedad y sin remordimiento. (…) Ah, esta reacción no se merece la Providencia y la Humanidad: solo su dispersión a los cuatro vientos puede detener su crimen. (…) Junio y diciembre de 1848, junio de 1849, mayo de 1850, diciembre de 1851: todas las cobardías cometidas, todos los ultrajes soportados la acusan eternamente. La elite de este país –este cuyo pensamiento, cuya conciencia daban vida a la nación– está muerta, proscrita o amordazada. ¡No quedan más que cenizas!"



**21 de diciembre de 1851:**
"La corrupción de Luis Felipe da sus frutos. La Nación gangrenada, atontada, ya no tiene el sentimiento de vergüenza, ni siquiera de previsión. Se precipita, con la cabeza gacha, en el absolutismo. Ahora concibo el papel de un Coriolan, de un Sertorius, de un duque de Borbón, de un Moreau, de un Bernadotte. ¡Culto a la patria! Otra superstición abominable, con la del catolicismo y la de los justicieros, para extirpar del corazón de los hombres. Honor, Verdad, Igualdad, Libertad, perfeccionamiento del hombre y de la Humanidad: ¡esos son los dioses! ¡Esa es la patria! Fuera de ello, conciudadanos, compatriotas, correligionarios, conjurados no son para mí sino bestias feroces y venenosas. Por eso, pues, patria, religión, todas esas palabras son sólo mentiras que hacen trastabillar a la conciencia y huir a la virtud".

**11 de enero de 1852:**
"Por cierto, pretendimos algo grande cuando llamamos a diez millones de ciudadanos a participar en la cosa pública; cuando pretendimos esta gran iniciación, que debía poner fin a los escándalos de todos los antiguos poderes. Las masas se burlaron de sus iniciadores: el proletario inculto votó, no sin ingratitud, no sin malicia contra aquellos que le ofrecían esta extensión de la libertad. ¿Qué vergüenza puede recaer sobre nosotros? ¿Por qué el apóstol habría de ser deshonrado por oponérsele el ultraje, la persecución y la violencia, aún cuando no emplea sino la persuasión y la libertad? El hombre del pueblo francés se declara indigno de la libertad política; vuelve a su servidumbre y a su humildad; declara enemigos públicos a quienes creyeron emanciparlo a su manera. Nos contamos entre los fuertes, nosotros que predicamos la igualdad; siempre sabremos ser amos cuando a él no le plazca tenernos por iguales. Después de todo, nuestra simpatía hacia él estaba hecha de esperanza, de futuro. Lo servíamos, no por sus méritos, sino por la gloria que debía significar para nuestro país su superación, y por amor de la Humanidad. Se puede, se debe querer educar al hijo que nació: pero ¿qué se le debe a aquel que ni siquiera fue concebido? ¡El Proletariado! Es la turba de los seres vivos con rostro humano; la que remeda las observancias del derecho, de la moral y de la razón; dóciles bajo los golpes, ingratos de los favores, prefieren antes que hablar postular la palabra: no son hombres."



**1 de marzo de 1852:**
"Puedo decir lo que pienso de la hipótesis que consiste en tomar por jueces soberanos, legisladores e inspiradores a aquellos mismos que la sociedad debe iluminar, educar, hacer vivir, conducir, etcétera. Que ubica en la multitud inerte y pasiva la inteligencia y la autoridad; que reconoce como poseedora de toda virtud, toda razón, toda bondad, a la parte más numerosa y más pobre de las naciones, en consecuencia, la más atrasada, la más ignorante, la más viciosa, la más ingrata. (…) Es el sufragio universal y directo el que ha matado a la República; es la multitud quien, después de haber abandonado, traicionado a sus representantes, se dio a sí misma un amo; si la experiencia de 1799 y 1804 no fue suficiente, no dependerá de mí que la de 1852, precedida de la de los siglos, no alcanza. (…) Está probado que el pueblo es, por inclinación, favorable al despotismo, hostil a la libertad: por eso, todas la tiranías se comportan de la misma manera y solo tienen una política: destruir a las *clases medias,* llamadas burguesas, y no dejar más que una clase ignorante, miserable, con una aristocracia de toga y de espada, y un clero como contrapeso. (…) Este es el plan urdido por el jesuitismo en 1852; este es el complot cuyo ejecutor es Luis Bonaparte."

**15 de mayo de 1853:**
"La obra del siglo XIX será la más grande, sin más comparación que la de 1789, bajo todos los aspectos, más grande que toda la diferencia que hay entre la negación y la afirmación, la destrucción y la edificación.

¡Apúrense pues, burgueses, a acabar su obra industrial y que el espíritu humano que no está en absoluto presente en sus máquinas y sus mostradores retome sus derechos! ¿Creen que podrán ustedes vivir mucho tiempo de sus agios, de sus primas, de sus descuentos, de sus hipotecas? ¿Creen ustedes, a pesar de todas sus maravillas, que el pensamiento del hombre puede contentarse con todo ese maquinismo? ¿que estaremos satisfechos cuando tengamos en abundancia compañías de seguros, canales, ferrocarriles, bancos de crédito, depósitos, ahorro, seguridad, tránsito, descuento, compensación; y el trabajo garantizado y la vida a bajo precio? (…) Todo eso es materia; es el cuerpo social: el alma no está allí. Es alma lo que necesitamos. ¡Y miren el alma que se están haciendo!...”

**22 de junio de 1853:**

“Desde hace sesenta años, Francia solo pide abrirse a la verdad y al sentido común, y se la nutre de novelas… (…) Tuvo un año de libertad en 1789; pronto volvió a caer en la servidumbre; y mientras maldecía su libertad y adoraba su servidumbre, la revolución se propagaba por toda Europa. Solo cuando los pueblos recibieron a su vez esta santa palabra nos dimos cuenta de que la revolución era ventajosa; y ¡qué débil fue el partido! ¡qué ignorante! ¡qué incapaz! ¡qué utopista!... (…) De igual modo, Francia alumbra el socialismo, Saint-Simon, Fourier, el comunismo, A. Comte, Cabet, P. Leroux, L. Blanc, yo mismo. Pero Francia, supuestamente revolucionaria, rechaza el socialismo, y el socialismo se va al extranjero. El socialismo penetra en Italia, Alemania, los países eslavos; es estudiado en Hungría, sobre el Danubio, en Moscú, en las proximidades del Mar Negro… Sólo en Francia se lo rechaza, como en 1799-1830 se rechazó la revolución (…) Más aún: el socialismo reina en Francia, por la escuela de Saint-Simon, como la revolución reinaba bajo los Borbones, por la Carta, el Código, etcétera. Nosotros no nos enteramos. ¡Seremos socialistas en *30 años!* Siempre con un retraso de dos o tres generaciones respecto de nosotros mismos…



**2 de abril de 1854:**

“El golpe de Estado del 2 de diciembre abrió definitivamente para Francia una era nueva, marcó este segundo paso decisivo en la carrera del indiferentismo. Después de 1814, Francia se dio cuenta de que se había vuelto indiferente en materia de religión, y fue en vano que la Restauración, como hoy el Imperio, tratara de galvanizar el cadáver del cristianismo. (…) Ahora, después de una serie de ensayos políticos (catorce cambios de gobierno en sesenta y cinco años), llegó a la indiferencia política, o dinástica, como llegó antes a la indiferencia religiosa. Es decir que en Francia se comprende que la forma de gobierno no es nada, que es una cuestión secundaria, que el gobierno es algo subalterno, que la cosa capital no es el orden en el Estado, sino el orden en los intereses. *La ley es atea y anárquica*: así es la verdadera Francia desde 1852. Contra esta necesidad la multitud de escritores de todos los partidos resiste alocadamente.”

**9 de julio de 1858:**

*“Francia acorralada”*. Lo está de todas las maneras. Respecto del extranjero, el aisla-



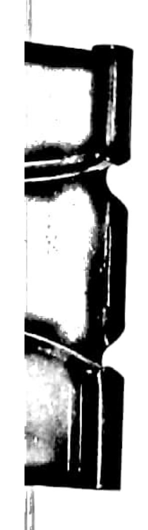
miento adquiere una nueva forma: Inglaterra, Austria, Prusia, Alemania, Bélgica, Suiza y el Piemonte, el Papa mismo, ¡todo nos es hostil! No nos queda sino la alianza dudosa y muy peligrosa de Rusia. (…) En el interior: Finanzas, Comercio, Industria, Agricultura, ya no podemos dar un paso adelante. La popularidad está agotada, la burguesía, desconsiderada; la plebe, odiada y despreciada; los partidos, gastados. Damos vueltas. Se habla de una restauración orleanista. De manera que, desde el 89, habríamos tenido cuatro dinastías –contando la República como una–, instaladas por turno, derribadas y restauradas: ¡ocho en total! (…) ¿Quién produjo esto? La corrupción de la Francia burguesa; la sobreexcitación de los apetitos; el error de los gobiernos que se apoyan a veces en la fuerza o el maquiavelismo, a veces sobre las pasiones y los intereses; jamás en el derecho. (…) ¡Pobre burguesía! Al no obedecer sino a la codicia, cavó su propia fosa, como el trapense ayunando y mortificándose. Perdió honor y riqueza. Sin embargo, su misión era hermosa, incluso lucrativa. Servir de *monitor* a la plebe; presidir en la educación del obrero y del labrador; iniciarlos en la ciencia, en la vida política y social; elegir entre sus filas de hermosos y honestos varones, de bellas y buenas jóvenes –para maridos y esposas– a sus herederos, y refrescar la sangre de su progenitura; poner un término a la vieja barbarie, quitar esta herrumbre que nos deshonra. (…) Pero no: les hace falta la explotación, los siervos a estos insaciables. Ah, merece ser castigada, despojada. (…) En 1852, todos aplaudían este gobierno incomparable, que creaba los tesoros como por encanto, tendía un puente de oro a los burgueses, hacía ganar a todo aquello que quería especular, doblaba los capitales, etcétera. (…)

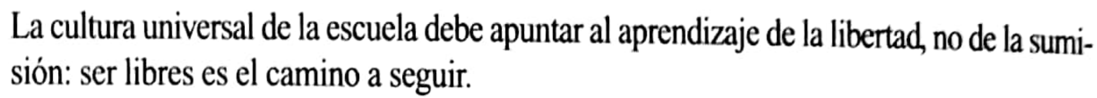
Ahora los *bobos* se lamentan; acusan, se desgarran contra el Emperador que no hizo más que obedecerles en todo.” ◆



Anexo II

# Citas anarquistas





La cultura universal de la escuela debe apuntar al aprendizaje de la libertad, no de la sumisión: ser libres es el camino a seguir.

**Stirner,** "Los falsos principios de nuestra educación" 1842.

El problema para las clases trabajadoras consiste, pues, no en conquistar, sino en vencer a la vez el poder y el monopolio.

**Proudhon,** Sistema de las contradicciones económicas, 1842.

Libertad, igualdad, fraternidad. ¿Pero qué igualdad? Mientras no haya igualdad económica y social, la igualdad política será una mentira... Fraternidad: otra mentira. Yo les pregunto a ustedes si ésta es posible entre explotadores y explotados, entre opresores y oprimidos. ¡Cómo! Yo los haré sudar a ustedes y sufrir durante un día entero y a la noche les diré: ¡Abracémonos, somos hermanos!

**Bakunin,** *Conferencia a los obreros del Val de Saint-Imier,* 1871.

Desmontemos la pedagogía oficial hecha para fabricar esclavos. Construyamos una pedagogía que convenga a cerebros humanos.

**Anna Mahé,** diario *L'Anarchie*, 1905, en un artículo que trata de una reforma de la educación y la ortografía.

Si la democracia pudiera ser algo distinto de un medio para engañar al pueblo, la burguesía, amenazada en sus intereses, se prepararía para la revuelta y utilizaría toda la fuerza y toda la influencia que le da la posesión de la riqueza para volver al gobierno a su función de mero gendarme a su servicio.

**Malatesta,** *L'Anarchie* (1907).



El sufragio universal es el derecho para el ciudadano de poseer 1/1460 o 1/1461 (los años bisiestos) del poder que debería tener: es decir un boletín de voto cada cuatro años. La autoridad se ejerce todos los días.

**Maurice Lucas,** *Germinal*, marzo de 1905.

La cuestión de la repartición de los bienes se torna completamente secundaria, cuando la de la propiedad está resuelta, y cuando no existen más capitalistas que operen una retención sobre el trabajo de las masas. Sin embargo, pensamos que el principio al cual hay que procurar acercarse tanto como sea posible es el siguiente: Cada cual según sus fuerzas, cada cual según sus necesidades.

**James Guillaume,** La organización social, 1876.

¿Qué es la mutualidad? Una fórmula en virtud de la cual los miembros de la sociedad, corporación o individuo, industriales, agricultores, se prometen y se garantizan recíprocamente servicio por servicio, crédito por crédito, valor por valor, información por información, propiedad por propiedad. Esta es la fórmula radical por la cual la democracia pretende formar el derecho económico.

**Proudhon,** De la capacidad política de las clases obreras,1865.



Es evidente que la diferencia de clases solo se mantiene por el derecho de herencia. Gracias a él, las diferencias pasajeras o naturales de fortuna o de felicidad se eternizan, se petrifican, por decirlo así y tornándose tradicionales, crean los privilegios de nacimiento, fundan las clases y devienen una fuente permanente de explotación de millones de trabajadores por miles de hombres felizmente nacidos.

**Bakunin** –Artículo aparecido en *L'Egalité*, en Génova, 1869.

El pueblo se muere de hambre y no tiene derecho a decir que muere de hambre. Y bien, yo tomé la bandera negra y dije que el pueblo estaba sin trabajo y sin pan. Ese es mi crimen. Ustedes lo juzgarán como ustedes quieran. Ustedes dicen que nosotros queremos la revolución. Pero son las cosas las que hacen la revolución.

**Louise Michel** –*Declaración ante las Assises de la Seine,* 22 de junio de 1883.

Los pueblos se alimentaron naturalmente del principio de autoridad que formó siempre parte de la enseñanza histórica; el principio mismo no fue puesto en duda, sólo las formas de la autoridad han sido discutidas según los progresos de la democracia.

**Acta presentada al Congreso Jurasino por la Federación Obrera en el distrito de Courtelary (1880).**

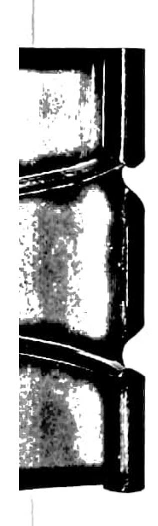
La prensa burguesa nos canta cada día, en todos los tonos, el valor y el alcance de las libertades políticas, de los "derechos políticos del ciudadano", sufragio universal, libertad de elecciones, libertad de prensa, de reunión, etcétera. A esto se reducen las llamadas libertades políticas: la libertad de prensa y de reunión, la inviolabilidad del domicilio y de todo el resto solo son respetadas si el pueblo no las usa en contra de las clases privilegiadas. Pero el día en que comienza a servirse de ellas para socavar los privilegios, todas estas llamadas libertades son tiradas por la borda.

**Kropotkin,** Palabras de un rebelde, 1883.

Gracias a buscar lo imposible el hombre realizó siempre lo posible. Aquellos que se limitaron sensatamente a lo que les parecía posible no avanzaron nunca ni un solo paso.

**Bakunin,** Consideraciones filosóficas sobre el mundo real 1870 .

Citas extraídas de *Ni Dieu ni Maître. Les Anarchistes* [Ni Dios ni Amo. Los anarquistas] seleccionadas y presentadas por Bernard Thomas, Tchou, París, 2007.



# Libros publicados por la Editorial
# *Aún Creemos en los Sueños*

Las nuevas potencias
Palestina-Israel
Urbanismo
La Crisis del Siglo
Historia y luchas del pueblo Mapuche
Discursos de Salvador Allende
Bolivia
Alimentos
Pensamiento crítico latinoamericano - Cuadernos CLACSO
El Blog de Luis Sepúlveda
Venezuela
El catolicismo del siglo XXI
Jerusalén, ciudad santa
La amenaza energética
Europa
Edward Said
TV: algunas reflexiones sobre la televisión
Rusia, a 20 años de la perestroika
Medicamentos: ¿Derecho o mercancía?
Los calzoncillos de Carolina Huechuraba por Luis Sepúlveda
La condición animal
¿Qué democracia?
El agua y el futuro del mundo
Historias ocultas de la Segunda Guerra Mundial
¿Un mundo sin petróleo?
El Vaticano
La Publicidad
El poder de los sueños por Luis Sepúlveda
Foros Sociales Altermundialistas
EL mundo en la Nueva era imperial por Ignacio Ramonet
Los dueños del mundo
La Educación no es una mercancía
A treinta años... Aún Creemos en los Sueños
Salvar el Planeta
ATTAC: el Movimiento de la Esperanza.
Porto Alegre: la ciudadanía en marcha
La Locura de Pinochet por Luis Sepúlveda












**Disponibles en librerías y en *Le Monde Diplomatique*,**

**San Antonio 434 - local 14 - Santiago**

**www.editorialauncreemos.cl - www.lemondediplomatique.cl**

Este libro se terminó de imprimir en el mes de abril de 2009
en LOM Ediciones
Concha y Toro 23 - Santiago centro - Chile



Una publicación de
LE MONDE
*diplomatique*

**Anarquismo: Una indocilidad contagiosa**
por Claire Auzias

**"Anarquista", "libertario": apelaciones poco controladas**
por Jean-Pierre Garnier

**Pierre-Joseph Proudhon**
por Edward Castleton

**Las claves del enigma español**
por Ángel Herrerín López

**Asia oriental antes de 1945**
por Cho Sehyun

**Teoría y práctica de los anarquistas chilenos en las luchas sociales de comienzos del siglo XX**
por Sergio Grez Toso

***Anexo I***
**Cuadernos inéditos: Diario del Segundo Imperio**
por Pierre-Joseph Proudhon

***Anexo II***
**Citas anarquistas**




www.editorialauncreemos.cl
www.lemondediplomatique.cl